

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

I

CÓRDOBA ROMANA

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
CÓRDOBA ROMANA



JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ NEILA
COORDINADOR

JUAN FRANCISCO
RODRÍGUEZ NEILA
COORDINADOR



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2017

2017

JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ NEILA
Coordinador

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS.
CÓRDOBA ROMANA

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2017

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

CÓRDOBA ROMANA

Coordinador: Juan Francisco Rodríguez Neila

(Colección *T. Ramírez de Arellano I*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-947495-3-7

Dep. Legal: CO-1854-2017

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

LA ANTIGÜEDAD TARDÍA Y LA ÉPOCA VISIGODA

JERÓNIMO SÁNCHEZ VELASCO¹

Profesor y arqueólogo

Miembro del Grupo de Investigación PAI HUM-441

Resumen: La inmensa mayoría de los cordobeses tiene una idea más o menos clara de cómo era la Córdoba Romana. Igualmente, es conocida la extensión y grandeza de la Córdoba Omeya. Sin embargo, es difícil que contesten a alguna pregunta sobre la ciudad que existió durante los cuatrocientos años que separan el final del Imperio Romano en la Bética y el surgimiento de al-Andalus. En este capítulo trataremos de dar a conocer, con los datos existentes, cómo era esa ciudad y el importante papel que jugó durante la Antigüedad Tardía, periodo histórico caracterizado por el final del Imperio Romano, la cristianización de la Bética y el surgimiento del Reino Visigodo de Toledo.

Palabras clave: Antigüedad Tardía, Arqueología, Epigrafía, Cristianización, Arquitectura, Evolución urbana, Protofeudalización

Abstract: The vast majority of the people from Cordoba have a more or less clear idea of what Roman Cordoba was like. Likewise, the extension and greatness of the Umayyad Cordoba is widely known. However, it is difficult to answer some questions about the city that existed during the four hundred years separating the end of the Roman Empire in the Baetica province and the emergence of al-Andalus. In this chapter we try to analyse what the city was like and the important role it played during Late Antiquity, an historical period

¹ Este trabajo es el resultado de más de diez años de investigación que han concluido en la realización de una tesis doctoral, que aparecerá publicada en breve en SÁNCHEZ VELASCO, 2017. La mayoría de las investigaciones que ya están publicadas se encuentran de libro acceso en la web <https://us.academia.edu/JeronimoSanchezVelasco>.

characterized by the fall of the Western Roman Empire, the Christianization of Baetica and the emergence of the Visigothic Kingdom of Toledo.

Key Words: Late Antiquity, Archeology, Epigraphy, Christianization, Architecture, Urban evolution, Protofeudalism

1. ENTRE ROMA Y LOS OMEYAS. BREVE CONTEXTO HISTÓRICO DE CÓRDOBA Y LA BÉTICA DURANTE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

A pesar de existir fuentes históricas que hablan de aspectos particulares de la Bética en la Antigüedad Tardía, la verdad es que el conocimiento real de su historia es bastante pobre. En particular, hay una tremenda escasez de referencias a la evolución y los cambios de las ciudades de toda la región.

En este apartado vamos a proporcionar el marco histórico general de la Bética durante la Antigüedad Tardía², periodo de tiempo que suele definirse comenzando con la llegada al poder del emperador Constantino el Grande (313 d.C.) y que finaliza con la invasión islámica de la Península Ibérica (711 d.C.) El proceso se puede dividir en tres etapas, comenzando con la gran transformación del Imperio Romano en el siglo IV d.C., de la cual el fenómeno más conocido y estudiado es el comienzo de un proceso que se ha llamado "cristianización".

En este punto debemos hacer una serie de matizaciones importantes. La cristianización, como argumento histórico usado en este capítulo, no pretende ninguna afirmación religiosa. Para historiadores y arqueólogos es un paradigma, un hilo conductor que nos guiará a través de un profundo cambio social, económico y político que afectará decisivamente a la historia de los cuatro siglos que abarcan este período.

Dicho paradigma está plasmado en el registro arqueológico de diferentes maneras, aunque indudablemente la arquitectura vinculada al poder es la más significativa y la que puede ofrecer una mejor visión del tema. Lamentablemente, el registro arqueológico de época tardía es mucho menos contundente que el de época romana u omeya, y apenas conocemos con seguridad algunos tipos de edificios, como iglesias, mausoleos, recintos fortificados o monasterios. En otras palabras, la arquitectura no doméstica nos sirve como vehículo para entender las transformaciones en la Bética occidental

² Un desarrollo amplio de lo acontecido en Córdoba para este momento histórico puede verse en RODRÍGUEZ NEILA, 1988, que pese a los años transcurridos sigue siendo una obra de referencia a la hora de tratar las fuentes históricas sobre la ciudad.

durante la Antigüedad Tardía. Por lo tanto, pensamos que la mejor manera de abordar los cambios ocurridos en la ciudad de Córdoba es, sin duda, a través de la arquitectura realizada para la nueva religión, que cambió la ciudad y su periferia radicalmente. Por desgracia, la ausencia de documentos antiguos en esta región significa que la arqueología es la principal fuente de información en la que podemos confiar.

A través del estudio de esta arquitectura podemos ver cómo evolucionan las aristocracias locales, cómo proyectan una imagen de sí mismas a la sociedad que controlan, cómo se adaptan a los cambios experimentados en el Estado romano y, finalmente, cómo responden a la desaparición efectiva del Imperio. En el desarrollo y evolución de la propia arquitectura, así como en los espacios que ocupa, veremos cómo estas élites se adaptan a la formación de nuevos órdenes políticos y económicos, es decir, a la aparición de los reinos bárbaros.

Otro aspecto interesante es que la ubicación y construcción de la arquitectura religiosa en las ciudades y las zonas rurales deja claro que su ubicación trasciende los motivos puramente religiosos. Las iglesias serán construidas en lugares simbólicos, sobre necrópolis, encima de antiguas termas, en los viejos foros de culto imperial o en lugares estratégicos, como cruces de caminos. Porque las iglesias no son únicamente edificios religiosos, son centros de gestión económica, lugares de reunión de la comunidad y reordenan el espacio urbano y rural según nuevas formas de actuación de las élites dominantes. Del seno de estas élites saldrá la figura del obispo, el líder urbano por excelencia de la época tardoantigua ante la huida de las aristocracias locales hacia el campo y su consiguiente abandono de las tareas evergéticas que solían asumir. El obispo aglutinará en su persona poderes de funcionario imperial, liderazgo religioso, gestión económica de los recursos de la ciudad (que le permitirán, por ejemplo, construir templos), defensa de la misma durante episodios bélicos o abastecimiento de los habitantes en caso de carestía.

La segunda etapa cubre el siglo V y gran parte del siglo VI d.C., un período caracterizado por el fin de Roma como Estado y una pérdida de control sobre los territorios occidentales, hecho que en última instancia se desencadena por la llegada de *externae gentes*, los llamados pueblos bárbaros³. La intención de estos pueblos de establecerse en diferentes partes de la Península, las diferentes actitudes de las élites béticas (e hispanas) ante esta realidad y los intentos de Roma de recuperar el control (nominal y efectivo) serán las características clave durante este período difícil y turbulento. En este vacío de poder se afianzará la

³ Para entender el proceso histórico de la llegada de los bárbaros es aconsejable leer a SANZ SERRANO, 2003.

figura episcopal como dirigente urbano, asumiendo si cabe una mayor cantidad de prerrogativas y funciones que en la fase anterior.

Finalmente, la tercera etapa histórica se caracteriza por el dominio de los visigodos⁴. El intento de controlar el sur de la península ibérica por el reino visigodo de Toledo no parece ser anterior al rey Teudis (534-548 dC). Podríamos usar un poco de ironía y decir que esta etapa suele ser retratada como una secuencia de guerras civiles entre godos, guerras de conquista contra las ciudades béticas, guerras bizantinas, guerras de todos contra todos, asesinatos, traiciones, violaciones, sacrilegios, antisemitismo, depredaciones de la nobleza, etc. También podríamos usar esa misma ironía para referirnos a la Arqueología, donde las iglesias y cementerios son el foco de atención. Si tratamos de reconstruir la historia de los visigodos sólo a través de estos dos tipos de datos, parecería que las únicas dos actividades a las que los visigodos se dedicaban era rezar y morir. Como es obvio, la realidad histórica es compleja y atractiva, como tendremos ocasión de demostrar más adelante. A lo largo de este capítulo podremos verificar cómo los datos históricos y arqueológicos nos permiten reconstruir una parte importante de la historia y la sociedad de la Hispania Visigoda, con la ciudad de Córdoba como protagonista.

1.1. EL SIGLO IV: Y ROMA NO FUE ETERNA

En el siglo IV A.D. Córdoba sigue siendo la ciudad más importante de la Bética. Sin embargo, es una ciudad que apenas se menciona en las fuentes históricas que nos han llegado. Su importancia en este momento está fuera de toda duda, ya que el poeta Ausonio⁵ la incluye en su *Ordo Urbium Nobilium* y el emperador Diocleciano la mantiene como capital provincial después de la gran reforma administrativa que emprendió. Como capital de la provincia, Córdoba debe haber sido la sede de los gobernadores (*praesides Baeticae*). En el centro administrativo de la ciudad, es decir en el foro, se han encontrado evidencias de la actividad oficial de estos gobernadores, como la dedicación de inscripciones honoríficas a los emperadores del siglo IV. Así, Quinto Eclanio Hermias dedica una inscripción a Constantino I, Egnatio Faustino a Constantino II y Decimio Germaniano a Constancio II. Según algunas teorías, después de la

⁴ El periodo visigodo en la Bética y, por tanto, en Córdoba, ha sido ampliamente estudiado por GARCÍA MORENO, 2007; ID., 2008.

⁵ Respecto a la entidad administrativa de la ciudad hay teorías enfrentadas entre ARCE, 1997 y BRASSOUS, 2011. Un resumen de la problemática administrativa y territorial en SÁNCHEZ VELASCO y SALAS ÁLVAREZ, 2016.

muerte de Constancio II la capitalidad de Bética pasaría a Sevilla, pero este extremo no está confirmado.

Respecto al gobierno de la ciudad en sí, no sabemos con seguridad si se mantuvo, y hasta cuándo. La información es muy escasa, pero suponemos que debe haber habido algún tipo de gobierno municipal, porque sabemos que algunas corporaciones de trabajadores municipales todavía existían en el siglo V d.C., como la de los trabajadores públicos de la limpieza.

Los gobernadores, como representantes de una administración central cada vez más poderosa, tenían que recaudar impuestos, administrar justicia, officiar las ceremonias de la adoración del Emperador, recibir audiencias y conceder concesiones oficiales. Formalmente respondían ante un superior, el *Vicarius Hispaniarum*, el representante directo del Emperador en Hispania, con sede en *Emerita Augusta* (Mérida). Entre sus funciones se encontraba la de controlar la recaudación de impuestos y la de ser juez final de apelación. Todas estas funciones son conocidas a partir de datos epigráficos, ya que los gobernadores que hemos mencionado, así como un *Vicarius Hispaniarum* (*Q. Aeclanius Hermias*), parecen haber consagrado estatuas de emperadores en Córdoba, como por ejemplo a Constantino I el Grande. De hecho, la figura de este emperador está ligada directamente a Córdoba, ya que uno de sus asesores más influyentes fue un famoso cordobés: el obispo Osio⁶.

Osio fue, sin duda, la figura más destacada de la Bética durante el siglo IV. Su personalidad se refleja tanto en su papel eclesiástico como civil. Asistió al Concilio de Elvira, un acontecimiento particularmente importante ocurrido poco después de la Gran Persecución de Diocleciano y sus actas proporcionan una buena imagen de la vida de las comunidades cristianas en la región. Junto con Osio, Obispo de Córdoba, muchos otros obispos de la Bética asisten a este concilio. Ellos, junto con otros del resto de Hispania, establecieron las reglas fundamentales de la Iglesia Hispana durante siglos. Realmente no sabemos por qué, pero Osio estaba con el emperador Constantino en la víspera de la batalla del puente Milvio en Roma, donde el obispo de Córdoba fue el intérprete del famoso "sueño de Constantino", que animaba al futuro emperador a ordenar a sus soldados que pintaran una cruz en sus escudos, para así obtener la victoria sobre Magencio.

Más tarde, como miembro de la corte imperial y como el consejero más influyente del nuevo emperador en asuntos religiosos, Osio presidió el Concilio de Nicea, donde buscó un cierto acuerdo con los donatistas y luchó vigorosamente para suprimir la herejía arriana. Sin embargo, los malos

⁶ La principal biografía de Osio permanece en inglés DE CLERCQ, 1954. En español pueden leerse los extensos estudios de FERNÁNDEZ UBIÑA, 2000 y 2002.

resultados en general de su política de intransigencia religiosa llevaron a Osio a regresar a Córdoba, donde una figura de su estatura política y su dignidad eclesiástica seguramente desempeñó un papel importante en la ciudad. Cuando tenía casi cien años, Osio volvió a la arena política del Imperio, presidiendo el Concilio de *Serdica* (hoy Sofía, Bulgaria). Los intensos debates teológicos escondían en muchas ocasiones luchas políticas, regionales o étnicas de fondo, que llevaron a la condena de su amigo Atanasio y a la capitulación del obispo cordobés ante los postulados arrianos, que lo enemistó con la iglesia occidental. Enfermo, anciano y ciertamente muy amargado por los acontecimientos, Osio parece haber muerto en el camino de regreso a su ciudad, Corduba, a la que no llegaría. Tenido por santo en la Iglesia Ortodoxa por su aportación teológica y organizativa, sus años finales lo separaron del reconocimiento en la Iglesia Occidental, que lo consideraba en época de Isidoro un sacrílego y un hereje.

Pero la figura de Osio no se puede entender completamente sin tener en cuenta la evidencia del cristianismo en su ciudad natal. Dicha evidencia se remonta al siglo III d.C. y su expresión más importante es la magnífica serie de sarcófagos importados que se encuentran en varias necrópolis de Córdoba. Estos restos arqueológicos revelan una élite aristocrática de muy alto poder adquisitivo, ricos terratenientes o comerciantes cordobeses que eran cristianos. A mediados del siglo IV, el cristianismo antiguamente clandestino se había convertido en una manera (muy rápida) de escalar en la política dentro de un Imperio cambiante cuyos emperadores eran todos cristianos (salvo el breve reinado de Juliano) y que estaba abandonando rápidamente las viejas estructuras paganas. Sólo si entendemos que muchas personas vieron el cristianismo como un medio eficaz para prosperar en la corte de Constantino (o sus sucesores) y, por cierto, para obtener exenciones fiscales (como las concedidas a los obispos), podremos entender en qué medida las relaciones religiosas, civiles y, por último, las transformaciones urbanas, respondían a los impulsos de algunas élites locales que se identificaban con Roma y su poder tanto, si no más, como lo hacían con su (nueva) fe.

Este proceso de cambio, insistimos, no puede describirse como una crisis, sino como una transformación gradual del mundo greco-romano en un entorno romano-cristiano que tenía otras preocupaciones y enfrentaba otras dificultades. El cristianismo, como la nueva religión preponderante en la Bética, muestra una presencia muy fuerte en nuestras limitadas fuentes de información textual. El proceso de "conversión" no sólo fue fomentado por parte de las élites del Estado, sino que fue testigo de episodios de violencia religiosa de grupos de cristianos incontrolados -muchos de ellos monjes extremistas- que se pueden remontar a finales del siglo (época teodosiana) y que han sido documentados arqueológicamente. Por tanto, la mezcla de persuasión, fuerza y dominación fue

la que convirtió, en menos de 80 años, al Cristianismo de una religión perseguida en la oficial del Imperio Romano.

Para la mayoría de los autores, este siglo es clave para la consolidación de la nueva fe, cuyas características regionales tienen mucho en común con el cristianismo primitivo de las provincias africanas: la organización interna de las iglesias, la existencia de obispados muy pequeños, la presencia de piscinas bautismales muy similares a las norteafricanas o las iglesias de doble ábside son algunos ejemplos de esa relación tan estrecha entre las dos áreas geográficas. A todo esto debemos agregar nuevas consideraciones. El flujo de comercio entre el Imperio Oriental e Hispania, principalmente con exportaciones de aceite, podría haber facilitado la llegada de seguidores cristianos de las provincias más meridionales del Imperio. Hoy sabemos que el aceite de oliva de Hispania llegó a los mercados de Siria, Israel y Alejandría de manera regular. Tal vez junto con los productos también llegaron, como en muchas otras ocasiones, las ideas. Estos datos nos llevan a pensar que la propagación del cristianismo en la Bética vino de África, una vieja hipótesis que está siendo retomada⁷.

Finalmente, para entender la propagación del cristianismo hay un último factor, no menos importante, que es el de la presencia judía⁸ en la región. No podemos olvidar que para el mundo romano el cristianismo era tan sólo una nueva herejía judía, y la gran cantidad de aljamas constatadas en la región debieron influir decisivamente en la expansión de la nueva religión oriental.

1.2. EL SIGLO V: LA “EDAD OSCURA”

"Edad oscura" es ciertamente el término más apropiado para describir el siglo V d.C. en la Bética⁹. Hay pocos períodos en la historia de la región de los que sepamos tan poco. De hecho, desde la llegada a Hispania de los Vándalos, Alanos y Suevos en el año 409, la información proporcionada por los autores romanos sobre la Bética (e incluso Hispania) es muy escasa. Se acepta generalmente que el derrumbamiento de todas las estructuras del gobierno romano ocurrió en el sur peninsular en el 422 d.C., cuando el último ejército romano, comandado por Castino, dejó la región. También es sabido que Sevilla fue saqueada en el 425 d.C. por los vándalos silingos al mando de Gunderico sólo pocos años después de que irrumpieran en el Imperio. Poco después, en el 428 d.C., Gunderico la ocupó de manera permanente en un probable intento de establecer su corte en esa ciudad. Una consecuencia de la ocupación fue la

⁷ BLÁZQUEZ, 1967; GARCÍA MORENO, 2007.

⁸ GARCÍA MORENO, 1972; ID., 2005.

⁹ UBRIC RABANEDA, 2004.

profanación de una iglesia, la catedral, consagrada (como en Córdoba) al culto del mártir San Vicente. Además, los bárbaros podrían haber desempeñado un papel importante en las disputas entre católicos y arrianos, probablemente intentando convertir la catedral en un centro arriano de culto.

No sabemos mucho más acerca de la presencia de los vándalos en la región y su influencia o poder sobre las élites regionales, pero probablemente hicieron uso de los barcos pertenecientes a los armadores de la Bética para cruzar el estrecho hacia África, una operación muy complicada desde el punto de vista logístico.

De nuevo, en el año 441 d.C., Hispalis¹⁰ sucumbió a un asedio, esta vez a manos de los suevos, que aparentemente vagaron a su voluntad a través de la región hasta que las tropas del visigodo Teodorico, en calidad de federados del Imperio, los expulsaron en 458-9 d.C. En aquella época, los suevos convirtieron a Sevilla en una de sus capitales reales.

A pesar de estas turbulencias, Sevilla logró conservar su importancia comercial. La noticia de la llegada a su puerto de barcos con pasajeros romanos orientales en 456 d.C. parece dar prueba de ello. Eran, tal vez, *negotiatores transmarini*, que trajeron noticias de la victoria del emperador Marciano sobre los pueblos caucásicos de Lazika. Por lo tanto, la presencia de una comunidad extranjera oriental en el valle del Guadalquivir es evidente. Además, parece haber cierta continuidad de las relaciones entre el sur peninsular, el Mediterráneo oriental y el norte de África a través de Hispalis. La inscripción funeraria de Aurelio Aeliodoro atestigua el flujo de bienes y personas, incluido un posible individuo cristiano de Asia Menor (Tarso) que murió en Tarraco, pero la inscripción señala que era griego y que habitualmente vivía en Hispalis.

Nada se dice de Córdoba ni de ninguna de las otras grandes ciudades de la región. Algunos autores modernos afirman que todo el valle del Guadalquivir fue probablemente saqueado, y que correría la misma suerte que Sevilla, aunque no tenemos registros que lo demuestren. La verdad es que a mediados del siglo V d. C. el poder político y militar de Roma en Andalucía era poco más que un viejo recuerdo. En cuanto a la presencia de los pueblos bárbaros en la región, ni las fuentes ni la arqueología son particularmente esclarecedoras. De todas formas, algunos indicios arqueológicos que veremos más adelante permiten suponer que Córdoba debió resentirse de esta enorme inestabilidad, lo que se tradujo en cambios urbanos muy significativos a la larga.

Con el colapso de Roma como un poder real, y el advenimiento de incursiones bárbaras, las ciudades béticas deben haber desarrollado algún tipo de autogobierno. Las élites hispanas enfrentaron de muchas maneras diferentes

¹⁰ ORDÓÑEZ ET AL., 2013.

la realidad impuesta que representaba la presencia de los bárbaros. En el caso de la Bética, se han presentado dos teorías principales. Una de ellas afirma que las ciudades tenían un autogobierno basado en una oligarquía aristocrática local organizada en una asamblea de notables, el *senatus*. Otros investigadores, sin embargo, se decantan por el irresistible ascenso del poder eclesiástico. En el caso de Córdoba, se ha sostenido repetidamente que la ciudad podría haber permanecido independiente, gobernada por una aristocracia (de origen hispano o raigambre germánica) que logró mantener el viejo *senatus* local. Sin embargo, algunos investigadores sostienen que la Iglesia ocupó progresivamente todos los nichos de poder en las ciudades, tanto públicos como privados, una acumulación de poder que alcanzaría un monopolio absoluto durante el período visigodo.

Lo cierto es que tratar de dividir a las élites hispanas (cualquiera que sea su origen "étnico") en grupos cerrados (civil vs. religioso, hispano vs. gótico) puede ser un error metodológico. La única división crucial que podemos constatar es la existente entre la aristocracia gobernante (*honestiores / inlustris / possessores*) y todos las demás (*humilliores*). Y la Iglesia es un reflejo justo de esta sociedad, pues los principales cargos fueron ocupados por estas élites aristocráticas, que utilizaron los mecanismos de la institución para promover los intereses políticos o económicos de sus familias. Los "bárbaros", al igual que cualquier otro extranjero (por ejemplo, oriental) que se instaló en Hispania, actuarían de manera similar, asumiendo estas "reglas".

Además, la compleja situación política, religiosa y socioeconómica de un territorio tan vasto como la Bética (por no hablar de Hispania en su conjunto) en este momento, no permite generalizaciones. Como Sanz Serrano ha demostrado¹¹, las respuestas a la nueva realidad creada por el vacío de la desaparición de Roma como estado y la presencia de los bárbaros fueron muy diferentes dependiendo de la región y, además, cambiaron con el tiempo. Una lectura objetiva de las fuentes históricas disponibles y los datos arqueológicos recientes apoyan esta opinión, a saber, que hay que tener en cuenta una multiplicidad de factores. Este es el contexto complejo que los Visigodos encontraron cuando trataron de controlar toda la Bética.

1.3. LOS SIGLOS VI Y VII: LA ÉPOCA VISIGODA¹²

Si hay un aspecto de la historia visigótica que reúne un consenso unánime, es la referencia continua a la ausencia de fuentes históricas (nada nuevo). No hay nada para Córdoba como las *Vitae Sanctorum Patrum Emeritensium*,

¹¹ SANZ SERRANO, 2003.

¹² GARCÍA MORENO, 1998; COLLINS, 2005; GARCÍA MORENO, 2007; ID., 2008.

magnífico libro que proporciona interesantes perspectivas sobre muchos aspectos de la vida urbana de la Mérida del siglo VI d.C. La información es escasa y sólo un número de fragmentos nos habla de aspectos aislados y parciales de la vida en las ciudades béticas durante el período visigodo, entre ellas sobre Córdoba.

El primer conjunto fiable de datos que constata la presencia de los visigodos en el sur viene en relación con el rey Teudis (534-548), que parece haber establecido una de sus residencias reales en Sevilla. Su cultura latina y su aquiescencia hacia la amplia población católica hispana (los visigodos eran arrianos) le permitió seguir una política exterior centrada en la contención de los también católicos francos en el norte. Asimismo le permitió tratar de resolver el problema del dominio del Estrecho de Gibraltar, que estaba controlado por los bizantinos en su lado africano y que era vital para asegurar el sur hispano. Por tanto, entre sus prioridades no estaba atacar Córdoba.

Sin embargo, todo cambió drásticamente con el advenimiento del rey Agila que inició la conquista efectiva y el intento de subyugación religiosa de la Bética que conduciría a una serie de levantamientos, siendo el más importante el de Córdoba. Agila sitió esta ciudad en 550 d.C., profanando la tumba del gran mártir local, Acisclo, y convirtiendo su basílica, situada fuera de las murallas al oeste de la ciudad, en un establo. Sin embargo, no sólo la ciudad soportó el asedio, también logró luchar, derrotando al rey godo, que perdió a su hijo, su tesoro y gran parte de su ejército, forzándolo a huir a toda velocidad hacia Mérida, donde se refugió. Este acontecimiento debe ser interpretado como la evidencia de dos hechos importantes. El primero, que Córdoba tenía suficientes tropas y fuertes defensas como para soportar un asedio de un ejército tan poderoso como el visigodo. En segundo lugar, y tal vez más importante en nuestra opinión, que aquellos que gobernaban la ciudad (sea el obispo o un *senatus*) eran lo suficientemente poderosos como para movilizar, entrenar y armar un ejército que pudiera derrotar al visigodo. Ambos supuestos dan una idea muy aproximada de la capacidad material, militar y organizativa de las élites cordobesas, que probablemente pudieron movilizar fuerzas militares adicionales de diferentes asentamientos rurales de la zona o ciudades aliadas cercanas.

El desastre sufrido por Agila (de unas proporciones que hoy son difíciles de imaginar para nuestra mentalidad contemporánea) le incapacitó, a los ojos de sus nobles, de poseer el estatus de un líder guerrero, y esto favoreció la revuelta del noble Atanagildo en 551 d. C., quien se proclamó rey en Sevilla. Nada sugiere que tuviera el apoyo de los nobles victoriosos de Córdoba, ni siquiera de la mayoría de la nobleza visigoda. Tal vez por eso pidió ayuda a los bizantinos.

Las tropas imperiales no tardaron en llegar, desembarcando en el sur de España bajo el mando del patricio Liberio en 552 d.C.

Esta intervención en el sur de la península nos lleva a una nueva etapa histórica en la que la ciudad de Córdoba sigue siendo protagonista, en parte debido a la controversia académica sobre si la ciudad era parte de la provincia bizantina de España, formada entre 552 y 555 d.C. En verdad, hay una serie de teorías muy diferentes, algunas frontalmente contrapuestas. Así, para Goubert¹³ y Ostrogorsky, la ciudad se convirtió en una de las capitales bizantinas de la nueva provincia. Incluso para Goubert, la cadena de levantamientos béticos que habían ocurrido desde el reinado de Agila hasta la gran rebelión de Hermenegildo fue el resultado de un acuerdo tácito entre los hispanos y los bizantinos, ambos católicos, contra los visigodos arrianos. Frente a estas teorías, Thompson, Vallejo y Salvador Ventura no ven nada en las fuentes que sugiera una presencia bizantina en Córdoba¹⁴. Esta última teoría es actualmente la que tiene un mayor número de defensores, que circunscriben el territorio de la provincia bizantina de España a una estrecha franja costera, sin presencia real en el interior. Lo que parece cierto es que, sin importar lo que fueran los planes bizantinos y sus dominios efectivos, su establecimiento no obstaculizó las relaciones comerciales y culturales florecientes que se habían establecido firmemente con Oriente desde principios del siglo V d.C.

La consecuencia inmediata de la llegada de los bizantinos fue el conflicto y la rebelión generalizada en el sur de la península. Esto llevó al reino visigodo de Toledo a concentrar más esfuerzos en tratar de dominar el sur. La subida al trono del rey Leovigildo (571-586) fue un punto de inflexión en la historia de la región, y por tanto de Córdoba. Este rey inició una política que podemos describir como una imitación de la *Renovatio Imperii* de Justiniano: crecimiento del poder real; supresión de los levantamientos; unidad religiosa bajo el arrianismo; y, finalmente, la unificación territorial de la península. Y decidió iniciar esta política marchando contra la ciudad más problemática del reino desde la época de Agila: Córdoba. En 572 d.C., Leovigildo, que había aprendido la lección del desastre de Agila, comenzó aplastando unas misteriosas "revueltas campesinas" y luego conquistó "muchas ciudades y fortalezas" antes de emprender el asalto a Córdoba. Indudablemente, la despectiva etiqueta de "revueltas campesinas" se refiere a aquellas villas y ciudades menores que habían apoyado a la antigua capital de Bética contra Agila. Sin su apoyo, las posibilidades de Córdoba de soportar la embestida se redujeron drásticamente,

¹³ GOUBERT, 1946; OSTROGORSKY, 1984.

¹⁴ THOMPSON, 1969; VALLEJO GIRVÉS, 2012; SALVADOR VENTURA, 1990.

ya que estaba aislada. De hecho ese mismo año sucumbió después de un sangriento asalto nocturno.

Pero la paz no duró mucho. Leovigildo decidió confiar a su hijo y presunto heredero, Hermenegildo, al control de la Bética como dux (gobernador provincial). Hermenegildo tardó sólo unos años en abrazar el catolicismo, rebelarse contra su padre y declarar la guerra. La revuelta del príncipe Hermenegildo significó una guerra total, una vez más, para todo el sur de la península. Este levantamiento fue rápidamente secundado por Mérida, Córdoba y Sevilla, donde el príncipe rebelde se proclamó rey, con el apoyo de los bizantinos. Los Imperiales parecen haber estado presentes en el Valle del Guadalquivir y al parecer establecieron guarniciones en sus principales ciudades, Córdoba entre ellas.

Leovigildo merece reconocimiento por la gran perseverancia demostrada para lograr sus objetivos. De lo contrario, difícilmente podríamos entender su reacción, rápida y contundente, que le permitió recuperar Sevilla en 583 d.C. Este acontecimiento forzó a Hermenegildo a refugiarse en Córdoba, que estaba ocupada por una considerable guarnición bizantina. Sólo un descomunal pago en oro (30.000 sólidos, más de 136 kilos de oro puro) al comandante bizantino de la guarnición permitió a Leovigildo entrar en la ciudad. Abandonado, traicionado y perseguido, Hermenegildo, junto con un pequeño contingente de soldados, se atrincheró en la basílica de San Acisclo, de la que sólo salió después de obtener garantías de su propio hermano (Recaredo) de que no sería ejecutado. Su esposa y su hijo, en poder de los bizantinos, marcharon exiliados a Constantinopla, mientras que el príncipe rebelde fue encarcelado en Tarragona por orden de su padre, para ser asesinado poco después.

Tras la segunda conquista de Córdoba, Leovigildo estableció una auténtica *Pax Gothica* en la ciudad y en la región. El orgulloso y victorioso rey conmemoró esta hazaña con una serie de monedas con la leyenda *CORDVBA BIS OPTINVIT*. Además, parece que prohibió la reconstrucción de las murallas con el fin de evitar levantamientos futuros. El deseo cordobés de independencia nunca más se manifestó. Otras ciudades, como Sevilla, epicentro de la revuelta de Hermenegildo, también sufrieron fuertes represalias. Parte del territorio de su obispado fue cedido a Italica, una ciudad que había apoyado a Leovigildo. Otras ciudades también se beneficiaron, por ejemplo *Egabrum*, que posiblemente se convirtió en una sede episcopal. A pesar de todo, Córdoba debió mantenerse como capital administrativa de la provincia e Hispalis como sede metropolitana, manteniéndose el equilibrio entre las dos grandes ciudades rivales.

Otras fuentes nos ayudan a entender cómo las instituciones del estado visigodo humillaban siempre que podían a las ciudades que se habían demostrado más díscolas, especialmente a Córdoba. En el concilio de Sevilla en

619 d.C., el obispo de Córdoba, Honorio, solicitó el reintegro a su territorio de una parroquia usurpada por la diócesis de *Astigi* (Écija) en una zona fronteriza entre ambos obispados. Isidoro, obispo de Sevilla, muy cercano a la corte visigoda y presidente del concilio, falló a favor de los usurpadores. Este hecho demuestra tanto la cercanía de Isidoro con la política de los reyes godos como la existencia de fuertes intereses familiares: Isidoro era parte de una dinastía de obispos (junto con Leandro y Fulgencio) que controlaron durante décadas los obispados de Sevilla y Écija.

La historia familiar de Isidoro de Sevilla nos ilumina en gran medida sobre la enorme complejidad de las relaciones entre las diferentes facciones de las élites gobernantes y su lucha por mantener intacto su poder en momentos tan convulsos, algo que se traducía frecuentemente en profundas rivalidades entre las ciudades vecinas. Isidoro, probablemente de ascendencia judía, huyó con su familia desde Cartagena poco después de la llegada de los bizantinos. Se estableció en Sevilla, donde su hermano Leandro se convertiría en obispo y más tarde en uno de los principales instigadores de la conversión de Hermenegildo al catolicismo. Después de la victoria de Leovigildo, se podría haber esperado el destierro de la familia en bloque. Sin embargo, Isidoro termina encabezando la sede anteriormente ocupada por su hermano. Al mismo tiempo, su otro hermano, Fulgencio, se convirtió en obispo de Écija, mientras que su hermana fue la abadesa de uno de los monasterios más grandes de Sevilla. Así se forjó toda una "dinastía" eclesiástica, como otras que controlaban diferentes territorios en Hispania.

Desde el reinado de Recaredo, las fuentes textuales se hacen más escasas aún, y se limitan a cuestiones religiosas o a simples listas de obispos que asisten a los concilios. En 612 d.C. el rey Sisebuto envía una carta real a varios obispos, incluido el obispo de Corduba, en relación con el "problema judío". Estas cartas tratan de proteger a los cristianos de la influencia de las comunidades judías, que se extendían por la región. Estas comunidades y su distribución son importantes para el conocimiento de colonias de comerciantes orientales, principalmente griegos y sirios que, entre los siglos V y VII d.C., parecen bien establecidos en las principales ciudades. Córdoba no debió ser una excepción.

Alrededor de este tiempo, varias fuentes registran la consagración de las iglesias en núcleos rurales, como villas, fortalezas o aldeas. Estas fundaciones están relacionadas con los ricos terratenientes de la región. Las referencias a los monasterios son, sin embargo, menos comunes (como para el resto de Hispania), pero cuando tomamos en cuenta los documentos históricos de la época mozárabe, debemos concluir que fueron muy numerosos, especialmente en Córdoba. Como se verá, por muy difícil que sea rastrear la historia de las ciudades en este período tardío, la cuestión se vuelve prácticamente imposible

cuando se consideran las zonas rurales, dada la casi total ausencia de investigación.

Para comprender las etapas finales del reino visigodo se necesita una investigación más profunda de este mundo rural, que fue la base de la riqueza y el poder de la nobleza hispano-goda. Sabemos que tenían grandes villas, donde la producción y administración de sus vastas posesiones estaba centralizada. En muchos casos incluso poseían ejércitos privados, que a veces se ponían a disposición del rey visigodo. Un claro ejemplo aparece en una inscripción encontrada entre Córdoba y Villafranca de Córdoba, que es un hermoso elogio, en verso, donde se canta la historia del noble *Oppilanus*. La inscripción narra la historia de un rico noble de estirpe goda que marchó con su ejército privado (y un cargamento de flechas) a la guerra que el rey Chindasvinto estaba librando contra los vascos. La expedición fue emboscada y asesinado el noble cordobés, cuyo cuerpo estaba en posesión de los vascos. Sus criados lucharon por recuperar el cuerpo de su señor y finalmente lograron llevarlo de vuelta a sus posesiones para ser enterrado. Esta inscripción ofrece una fascinante visión de cómo los terratenientes que señalan su antigua estirpe germánica contaban con ejércitos privados de siervos en un claro ambiente proto-feudal. Además, deja ver la esmerada cultura latina de raigambre virgiliana e isidoriana que se esforzaban en plasmar a través de complejas poesías escritas en las cubiertas de los sarcófagos en los que se enterraban. Aunque sin duda es un signo del sincretismo y la diversidad de esos tiempos, no podemos perder de vista otra realidad. En este contexto social, una legislación severa contra las minorías (los judíos) y contra las masas serviles revela un abismo cada vez mayor entre las clases privilegiadas de la sociedad y los que son gobernados, un claro signo que avanza la Edad Media.

A medida que nos acercamos a las últimas etapas del reino visigodo, el creciente poder de la nobleza y la debilidad de la monarquía (que no era hereditaria, sino electiva), condujo a una serie de agudos problemas políticos, revueltas, usurpaciones al trono y venganzas sobre los vencidos que convirtieron a Hispania en campo de batalla permanente y un territorio prácticamente ingobernable.

El último episodio de esta serie de enfrentamientos tiene también a Córdoba como escenario protagonista, dando lugar a la victoria del dux de la Bética, Roderico (Don Rodrigo), sobre los herederos del rey Witiza, después de una sangrienta guerra civil. Del desarrollo de los acontecimientos se desprende que la ciudad de Córdoba no sólo era la capital de la provincia y que los apoyos allí recibidos por el dux le permitieron vencer a la coalición de nobles que apoyaba al otro aspirante al trono.

El final del reino se describe en un episodio centrado en Andalucía, el Valle del Guadalquivir y Córdoba¹⁵. Los datos proceden principalmente del bando ganador, es decir, de las fuentes islámicas. Después del desastre visigótico en la batalla del río Guadalete (julio 711), los árabes se dirigieron rápidamente a Écija, un punto de comunicación vital para toda la región y una ciudad con una escasa posibilidad de defensa.

A partir de este momento recibimos una imagen borrosa de lo ocurrido, debido a historias diferentes. La mayoría de las fuentes afirman que el rey Roderico murió en la batalla, aunque hay tradiciones que sostienen que logró huir hacia el obispado de Niebla, sólo para morir cerca de la actual Valverde del Camino, cuando trataba de llegar a Beja (Portugal). Las crónicas musulmanas relatan cómo el comandante Tariq, advertido por la comunidad judía sobre las débiles defensas de la capital, Córdoba, decidió enviar a su liberto Mugith para ocupar la ciudad, en una acción que sin duda consideraba menor. El sitio fue corto y las tropas musulmanas entraron pronto en la ciudad, forzando a un pequeño número de defensores visigodos a buscar desesperadamente refugio en el mismo lugar donde, años antes, Hermenegildo se había atrincherado. La guarnición logró soportar el asedio musulmán durante tres meses aferrándose a las defensas de la basílica extramuros de San Acisclo, un complejo rodeado de fuertes muros y con acceso a un suministro de agua dulce. Pero ninguna fuerza de socorro llegó, y finalmente capitularon, siendo degollados por las tropas de ocupación.

Las ciudades cayeron una tras otra a una velocidad fulminante. Muchas de ellas ofrecieron una resistencia mínima, lo que podría implicar que se habían alcanzado acuerdos entre los invasores y los gobiernos locales, representados por los obispos en la mayoría de los casos o por los líderes de la nobleza local en otros. Esta es otra señal del proceso de feudalización incipiente de las oligarquías locales y regionales: hay poco que las identifique con el reino visigodo y su único objetivo era consolidar su poder, mantenerlo y, si es posible, aumentarlo.

Seguramente, la historia aparentemente contradictoria de la conquista de Córdoba, sobre si capituló o resistió, puede deberse a que se diera esta situación. Es decir, el obispo (en solitario o junto con otros dirigentes urbanos) pactaron una rendición beneficiosa que no fue acatada por la guarnición militar de la ciudad, que decidió mantener la resistencia. De ahí las posibles controversias

¹⁵ Sobre la conquista islámica de la península es fundamental COLLINS, 1989. Frente a los relatos literarios que pretenden negar la conquista islámica con teorías pseudo-históricas, y que tan de moda se han puesto recientemente en forma de ensayos, es aconsejable leer a GARCÍA SANJUÁN, 2013.

sobre qué ocurrió realmente, y las consecuencias de esos pactos en los posteriores acuerdos sobre la titularidad y el uso de algunos templos cristianos tras la conquista.

La Iglesia, como institución y parte integrante de las élites, sigue un comportamiento similar a escala superior a la urbana. Algunas investigaciones sobre la división administrativa de principios de al-Andalus y su organización "fiscal" ofrecen una visión de cómo la Iglesia cooperó con el nuevo estado islámico: los obispados y sus distritos territoriales se convirtieron, probablemente, en la primera base territorial de la administración árabe y en una verdadera red de recaudación de impuestos para el nuevo estado, pues las necesidades fiscales eran inmensas después de la conquista: las tropas tenían que ser pagadas, el ejército invasor necesitaba un sistema de abastecimiento de productos en especie y grandes sumas de metales preciosos tuvieron que ser enviadas a Damasco como pago de tributos. Estos aspectos de la conquista musulmana, junto con los informes sobre los concilios y otros escritos del período mozárabe, hablan de la connivencia de una Iglesia que buscó retener su poder e influencia dentro del nuevo orden establecido. Al igual que muchas familias y ricos terratenientes (como Teodomiro en el Levante, el Tudmir de las fuentes islámicas), la Iglesia se adaptó a la nueva situación al priorizar su supervivencia frente a un estado visigodo que se desvaneció con asombrosa rapidez¹⁶.

2. EL FINAL DE LA CÓRDOBA ROMANA Y EL SURGIMIENTO DE LA CIUDAD TARDOANTIGUA

Cada una de las tres fases históricas que, de manera muy resumida, hemos expuesto anteriormente, dejaron su huella en la Córdoba de la época. Esta huella es a veces más perceptible y, otras, más difícil de entrever. Lo cierto es que dependemos –como ya hemos citado anteriormente– de los restos arqueológicos para poder acercarnos a la realidad de la evolución de la ciudad durante la Antigüedad Tardía¹⁷.

¹⁶ Puede parecer extraño, pero la debilidad de los estados y las sociedades de la Alta Edad Media permitían que fuera posible la total desaparición de países enteros con la pérdida de una única batalla importante. Ocurrió antes que con los visigodos, con el reino vándalo de África que sucumbió tras dos batallas consecutivas (*Ad Decimum* y *Tricamerón*), y ocurrió con el reino de los anglos y sajones, que desaparece tras el desastre de Hastings en 1066.

¹⁷ En este punto queremos agradecer al Museo Arqueológico de Córdoba en la persona de su actual directora, María Dolores Baena, y de su anterior director, Francisco Godoy, su apoyo para la realización del estudio de los materiales depositados en el Museo y que son la base del conocimiento de la Córdoba tardoantigua. SÁNCHEZ VELASCO, 2006.

A lo largo de este capítulo intentaremos dar una imagen lo más aproximada posible de cómo era y en qué forma evolucionó la ciudad. Esta tarea es compleja, debido a la imagen consolidada que se tiene a nivel popular de la Córdoba romana e, incluso, de la Córdoba Omeya, dos ciudades con una entidad y una personalidad muy acusada. Esa imagen popular para la Córdoba tardía no existe. Intentaremos demostrar que la Córdoba de época tardoantigua (Fig. 1) también fue una ciudad de acusada personalidad, forjada durante los cuatrocientos años que duró un periodo poco estudiado, mal conocido y, con frecuencia, interpretado sobre la base de presupuestos modernos o intencionalidades político-ideológicas que en nada ayudan a comprender la apasionante historia de una ciudad que fue protagonista de los episodios más destacados del reino visigodo de Toledo.

La mayor parte de los datos arqueológicos, por desgracia, corresponden a edificios religiosos, que son prácticamente los únicos que también aparecen, con datos verificables, en las fuentes escritas. Con algunas excepciones, como el caso que veremos del "palacio" del rey Roderico, casi todas las fuentes con las que contamos se refieren o a basílicas o monasterios, y son islámicas o mozárabes. Por lo tanto, la arqueología es vital si vamos a determinar qué iglesias fueron construidas antes de la conquista islámica y cuáles son las iglesias -al menos hasta que los datos arqueológicos demuestren lo contrario- de un período posterior. En cuanto a fuentes literarias¹⁸, podemos conocer el nombre y, en algunos casos, también la ubicación de algunos templos y monasterios existentes, todos ellos fuera de la ciudad.

Una de las iglesias mencionadas sería San Zoilo, tal vez inicialmente dedicada a San Félix, y que estaría situada en el "barrio de los bordadores". Luego tendríamos San Acisclo, la gran iglesia del principal mártir cordobés, que aparece en la *Historia Gothorum* de Isidoro de Sevilla con el famoso episodio de la derrota de Agila (comentado más arriba) y que se situaría en el "Barrio de los pergamineros" -*facientium pergamena*- localizado por las fuentes árabes en el área occidental de la ciudad. La Basílica de Santa Eulalia de Mérida, ubicada extramuros, en el barrio de *Fragellas*, que la historiografía tradicional sitúa en las afueras, al norte de la ciudad. Aunque su ubicación es desconocida se piensa que correspondería a los restos encontrados bajo la actual Diputación de Córdoba, y siempre opuesta a un monasterio dedicado a Santa Eulalia de Barcelona, que estaría ubicado en *Sehelati* -la llanura, en árabe latinizado-, otro de esos barrios extramuros. Uno de los edificios más importantes de la ciudad sería la basílica de *Trium Sanctorum*, consagrada a los Tres Coronas o Tres Santos (Fausto, Genaro y Marcial), situada fuera de la ciudad, al este, en el

¹⁸ PUERTAS TRICAS, 1975.

barrio *Turris*. En este caso, tenemos una inscripción que nos informa acerca de la deposición de las reliquias de los Tres Santos junto con las de San Acisclo y San Zoilo, lo que plantea dudas sobre la ubicación de la Basílica, ya que no es una consagración. La Basílica de San Cipriano también tendría un lugar desconocido, como la de los Santos Cosme y Damián, que se encontraría en el suburbio de *Colubris*, que hoy no se puede localizar. Al otro lado del río, en el actual barrio del Campo de la Verdad, estaría ubicada la iglesia de San Cristóbal. Dentro de la ciudad sólo contamos con el testimonio de la iglesia de San Vicente, episcopium (catedral) de la Córdoba de época visigoda, y que se encontraría en la zona de la actual mezquita aljama omeya.

Gracias a nuestros estudios sobre la dispersión topográfica de las piezas arqueológicas y de su relación con los contextos arqueológicos de los períodos de la antigüedad tardía y de la época visigoda, hemos podido establecer la existencia de, al menos, catorce complejos edilicios probables, que salvo excepciones muy evidentes no pueden ser adscritos a algunos de los nombres anteriores. Debemos decir que cuatro de ellos presentan problemas de definición más profunda, simplemente porque no hay datos fiables sobre la existencia de estructuras constructivas asociadas con la aparición de fragmentos arquitectónicos o litúrgicos. Hay que tener en cuenta que cuando nos referimos a “complejos edilicios” es por una cuestión práctica y didáctica. Cuando las fuentes hablan de “basílica” en época tardoantigua hay que entender que no se refieren a un edificio, sino a complejos de edificios que suelen ser de gran extensión, y donde se pueden incluir templos, iglesias, iglesias funerarias, mausoleos, capillas u otras dependencias. Esto es lo habitual en las zonas urbanas, que no tienen nada que ver con las pequeñas iglesias rurales, que son la imagen popular de lo que se supone eran las iglesias visigodas. Comencemos con el área dentro de las murallas de la ciudad.

2.1. LA CIUDAD INTRAMUROS

A pesar de las numerosas excavaciones realizadas en los últimos años en toda la ciudad, no se han encontrado restos de fortificación ni muros defensivos lo suficientemente extensos como para poder hablar de cuál era (con seguridad) el perímetro de la ciudad¹⁹. Esto sugiere que, como en muchos otros casos, el perímetro amurallado de la época romana pudo disminuir o cambiar sustancialmente. Las últimas excavaciones que definen un perímetro amurallado de la época romana no proporcionan datos sobre si hubo reformas posteriores, o en qué momento en el tiempo éstas podrían haber sido llevadas a cabo. Por lo

¹⁹ ESCUDERO ARANDA, 1999.

tanto, generalmente se acepta que la extensión urbana apenas cambió en la Antigüedad tardía. Sólo en un caso, en el sur de la ciudad, encontramos una posible ubicación del perímetro defensivo romano, con estructuras que han sido interpretadas como un *castellum* tardoantiguo (Complejo Edificio C11) unido a la muralla del período romano. Es un área tan amplia y lo excavado es tan limitado que es difícil hacer una síntesis. Hay dos líneas de trabajo sobre este lugar²⁰: la hipótesis defendida por Marfil, y seguida por otros autores, donde se habla de un gran complejo palaciego; y la más reciente defendida por León y Murillo que podríamos llamar la teoría del "castellum". Ambos se basan en la supuesta cronología de ciertos muros por medio de paralelos morfológicos, pero no existe referencia cronológica segura a nivel estratigráfico para ninguna de las dos teorías. Del mismo modo, en ambos casos, las secciones de muro interpretadas o como parte de una gran residencia militar-palacio, o al contrario, como un *castellum* pequeño y defensivo, apenas alcanzan los 8 m de longitud, en el mejor de los casos. Es muy posible que estemos, simplemente, ante una reforma de la muralla principal u otro edificio. Resulta difícil decirlo.

Por otra parte, la importancia de Córdoba en la organización administrativa del período visigodo está bien documentada. Era la capital de la provincia, la sede del *Dux Prouvinciae*, la sede de los cuarteles del ejército estacionados en la región bajo el mando del duque, así como la sede real y la casa de la moneda. Además, fue el lugar habitual donde se aprobaron leyes importantes para el resto del reino. Por lo tanto, debe haber tenido instalaciones adecuadas para tales propósitos. Es lógico que los invasores árabes adoptaran este lugar como centro físico del poder, así como sus funciones, después de la conquista²¹. Por esta razón, creemos que el área más tarde ocupada por la administración Omeya fue probablemente el lugar donde se establecieron los centros de poder del estado visigodo en Córdoba.

Es una lástima que hasta ahora ningún estudio basado en los restos arqueológicos haya sido capaz de ofrecer una visión global de tan interesante realidad histórica. Y esta investigación es muy necesaria, ya que la imagen, proporcionada por los elementos de decoración arquitectónica, señala una gran febrilidad constructiva y una importante monumentalidad que merecen mayor atención por los especialistas. Este es el caso de la placa de cancel de presbiterio depositada en el Museo Arqueológico de Córdoba y fechada en el siglo VI d.C.; o el nicho de placas obtenido de excavaciones recientes cuyos paralelos más inmediatos están en las capillas funerarias de las iglesias de Siria. Además,

²⁰ MARFIL, 2000; LEÓN – MURILLO, 2009.

²¹ Capitalidad de Córdoba con el gobernador al-Hurr en 716, que ha sido recientemente celebrada con una exposición temporal en el Museo Arqueológico de Córdoba.

nuestras investigaciones nos han llevado a la ubicación de una serie de piezas visigodas conservadas en el Museo Arqueológico Nacional y en el Victoria & Albert Museum cuyo origen se encuentra en las excavaciones realizadas a finales del siglo XIX en el sitio actualmente ocupado por el Seminario de San Pelagio. La existencia de estas piezas, junto con las noticias proporcionadas por las fuentes, indica que esta zona era una de las grandes áreas de construcción en una ciudad una vez que se encontraba definitivamente en manos de los visigodos. Por lo tanto, se buscaría el control estratégico del sur de Córdoba, posiblemente con su nueva catedral (San Vicente, como veremos), así como el acceso al río (todavía navegable), al puente y a las salidas hacia el sur de la Península, es decir, hacia las importantes ciudades de *Hispalis*, *Astigi*, *Carteia*, *Malaca* e *Iliberris*.

Lo que llamamos Complejo Edificio 13 ha sido objeto de varias excavaciones desde los años 40 del siglo XX. La importancia de la última excavación realizada en la calle Duque de Hornachuelos es enorme (Fig. 2). Debe destacarse por el conocimiento arqueológico de Córdoba que ha proporcionado. Fueron encontrados los restos de una domus del período republicano. Después de la destrucción de la ciudad por las tropas de César, tiene lugar una refundación, que en esta zona se traduce en la construcción de unas termas que, dado su tamaño y distribución, bien podrían haber sido privadas, pero de uso público. Estas estarán adornadas con mosaicos y un conjunto de esculturas de gran calidad durante el período imperial, construyéndose asimismo una gran piscina (*natio*). Ya en época bajo imperial, a finales del siglo III o principios del siglo IV d.C., hay una gran intervención en todo el lugar, consistente en una remodelación de las habitaciones y, sobre todo, del alcantarillado, mejorado por una nueva tubería de ladrillo. Nuevos suelos y mosaicos decorarán las nuevas habitaciones.

Pero, sin duda, el estadio histórico y arqueológico más interesante es el que involucró las dos últimas fases de la excavación, donde podemos ver la transformación de un urbanismo civil, de uso público y pagano, a otro de carácter religioso y cristiano. Gracias a las piezas conservadas en el Museo Arqueológico de Córdoba que podemos relacionar con este lugar sabemos que en un pequeño espacio de sólo 50 m. debió haber habido un edificio de grandes proporciones, o mejor dicho, un complejo de carácter basilical que posee al menos dos fases principales de construcción. Una podría ser fechada entre los siglos V y VI d.C. A estas fases podemos asignar (entre otras piezas) una doble ventana decorada y una magnífica placa de mármol directamente importada de Bizancio. Además, la presencia de capiteles y columnas de pequeño tamaño nos permite asumir la existencia de estructuras arquitectónicas secundarias. En esta etapa no se puede descartar la presencia de material reutilizado o reprocesado,

de alta calidad, como una columna helicoidal, encontrada en un contexto arqueológico en el que aparecieron muchos ladrillos decorados.

La segunda fase la conocemos gracias a la estratigrafía y una inscripción, que nos remite a la refundación de la iglesia por parte (seguramente) de un obispo. El nuevo edificio tenía columnas de tamaño considerable, impostas monumentales y una decoración algo más tosca que la que caracterizaba la etapa anterior. La aparición continuada de pequeños elementos nos lleva a pensar que el edificio resultante de esta fase también estaría dotado de mobiliario litúrgico y, por tanto, terminado y en uso. En época islámica el edificio es convertido en cantera para reutilizar sus materiales, de ahí la explicación de la presencia de un importante número de columnas que fueron halladas en las excavaciones llevadas a cabo en la misma calle durante los años 40 del siglo XX.

La secuencia estratigráfica muestra una interesante sucesión arquitectónica y urbana. En un tiempo indeterminado del siglo V d.C., los baños privados están ya amortizados, como es el caso del pórtico y parte de la calle romana desde la que se accedía a ellos. En cambio, se construyó un gran edificio, cuyo plan aún está por determinar en su totalidad, pero que ocupa espacios antes públicos, como la propia calle.

La construcción de este edificio implica el abandono de los baños. Este es un aspecto interesante, ya que significó la destrucción deliberada de parte de lo que debe haber sido un conjunto de esculturas de época altoimperial, posteriormente enterrado en un rincón de la piscina y sellado bajo gruesos depósitos de arcilla, grava compactada y limos. El informe del equipo de restauradores del Museo Arqueológico no deja lugar a dudas: las esculturas fueron rotas (presumiblemente con un martillo), aserradas, golpeadas con objetos de metal afilados, apedreadas, arrastradas y finalmente apiladas. Eso es un gran esfuerzo para simplemente deshacerse de las estatuas. No vacilamos en interpretar estos acontecimientos como una demostración tangible de la conversión de un espacio pagano en cristiano, después de una intensa acción de destrucción intencional de la arquitectura y la escultura paganas anteriores. El registro arqueológico nos permite suponer que este cambio fue traumático y ciertamente no sin ritos de purificación y/o exorcismos. Investigaciones recientes han demostrado la persistente política de persecución de la Iglesia contra edificios como las termas, considerados impuros e impíos, como puntos focales del pecado que tuvieron que desaparecer, aunque en ocasiones, si fuera necesario, algunas habitaciones de los grandes baños fueron reutilizadas como iglesias, siempre y cuando exista un claro exorcismo previo²².

²² SÁNCHEZ VELASCO, 2013.

La desaparición de toda memoria de las termas y el posterior hallazgo de una inscripción referente a la reforma de una iglesia nos llevan a suponer que estamos presenciando la destrucción de algunos baños para la construcción de una iglesia durante el siglo V d.C. De esta iglesia conservamos algunos muros, hechos en sillería reutilizada. La planta es, hoy, irreconocible, ya que la excavación de emergencia que llevó estos restos a la luz cubrió un área muy limitada. Esta basílica sería la que, ya a finales del siglo V d.C. o inicios del VI, tendría su propio programa decorativo, con ventanas dobles, pequeñas columnas y ricos muebles litúrgicos que, en parte, serían importados directamente de Oriente.

Poco más se puede decir de la fase del siglo VI d.C., excepto que finalmente se vio gravemente afectada por una importante destrucción del edificio en algún momento incierto entre finales del siglo VI d.C. y principios del siglo VII d.C. La causa de esta destrucción no la sabemos con certeza. Lo que sí sabemos, gracias al registro arqueológico, es que se construyeron algunos muros muy gruesos, recurriendo a una técnica constructiva basada en líneas de mampostería de baja calidad unidas con gruesas capas de mortero de cal, que se nivelan en secciones con hileras de ladrillos y tégulas reutilizadas en su cara exterior, pero no en el interior. Los suelos del nuevo edificio están hechos de tierra batida y parecen haber anulado los anteriores, ya que en algunos casos descansan directamente sobre mosaicos tardíos. Esta última fase se referiría, casi con toda seguridad, a un programa constructivo de período visigótico encaminado a restaurar algunos de los templos destruidos durante los frecuentes levantamientos de Córdoba.

Las piezas asociadas a este periodo son de gran monumentalidad, aunque rudimentarias en su elaboración si las comparamos con la fase anterior. Durante la excavación fueron encontradas dos columnas tumbadas en la esquina oriental de la excavación, junto al lugar donde Santos Jener encontró en los años '40 el grupo de columnas caídas (listas para ser reutilizadas) y la inscripción mencionada anteriormente. Por lo tanto creemos que todas estas columnas pertenecen al mismo período, relacionado con el nuevo edificio que debió haber sido (re)inaugurado en 661 d.C.

Muchas preguntas quedan sin respuesta, como las dimensiones de esta basílica; si este edificio era el único o si había otros cercanos. Por el momento, sin embargo, no podemos ir más lejos ya que sólo excavaciones adicionales podrían aclarar este asunto.

En resumen, durante más de 50 años se han encontrado interesantes hallazgos a lo largo de la calle Duque de Hornachuelos y la Plaza de la Compañía, como el mosaico de los Cuatro de Estaciones, columnas, decoración arquitectónica e inscripciones fundacionales de iglesias. El plan del edificio

todavía está por determinar, pero podemos deducir dos grandes fases principales. La primera de ellas, fechada en el siglo V d.C., sería el derribo de las termas y la destrucción deliberada y sistemática de todas sus esculturas. Indudablemente, es uno de los documentos más explícitos de transformación de un lugar "pagano" en un complejo cristiano en época teodosiana. Encima de estos baños, que ya no estaban en uso, se erigiría un primer edificio, reutilizando sillares de época anterior. Este primer edificio supera los límites de la manzana de época romana, ocupa los pórticos y corta la calle en el punto donde se ubicaba una entrada a los baños. Una segunda fase, fechada gracias a la mencionada inscripción, dataría la consagración de una iglesia en 661 d.C. Significa la reconstrucción de los muros con mampostería contundente pero pobre, combinada con suelos pobres y la nivelación del interior con una superficie hecha de arcillas.

Bajo la antigua iglesia de Santa Catalina en el convento de Santa Clara encontramos interesantes restos de época tardía (Complejo Edificio 12)²³. Tiene algunas estructuras, pero apenas si tiene decoración arquitectónica. Se trata de una de las mejores muestras de influencia bizantina en Córdoba, debido a sus excepcionales mosaicos. Su planta ha sido reconstruida como una cruz inscrita en un cuadrado, que tendría paralelos en Oriente. Sus mosaicos tienen enormes similitudes con el mundo bizantino, especialmente las aves insertas en círculos enlazados. La verdad es que este plan ha sido reconstruido en exceso "por simetría", por lo que se necesitarían nuevas excavaciones y estudios para definir finalmente la planimetría del edificio, así como la evolución de los muros, muy afectados por las renovaciones posteriores. Y no debemos descartar que podríamos estar tratando con una domus tardoantigua.

La llamada Basílica de San Vicente (Complejo Edificio C10) es una de las pocas cuyo nombre y localización nos es conocido principalmente por la existencia, de nuevo, de textos árabes que nos hablan de la construcción de la mezquita sobre sus ruinas. Hay tres áreas que se deben distinguir en este complejo de la basílica: los resultados de las excavaciones en el patio actual de la Mezquita; los restos encontrados dentro de la Mezquita; y una serie de excavaciones al sur del edificio.

Ya hemos publicado trabajos sobre tres basas y una columna entera desenterrada durante las excavaciones realizadas por Félix Hernández en los años 30 del siglo XX, que resaltó la existencia de un gran complejo arquitectónico cristiano anterior a la actual mezquita. Como hemos mencionado, estos estudios siguen siendo inéditos y han sido reinterpretados en publicaciones posteriores. Específicamente, estas piezas se encontraron dentro de una

²³ MARFIL, 2000.

estructura, aparentemente con dos (quizás tres) ábsides, que se ha interpretado como una basílica. Sin embargo, su forma, sus dimensiones o su articulación nos invitan a pensar que no estamos ante un templo. En nuestra opinión, y considerando que no se sabe nada de las características precisas de su construcción o de su secuencia estratigráfica, creemos que sería un edificio funcional y no religioso, como un aljibe o un silo. Es posible que también pudiera ser un edificio funerario. Tal funcionalidad podría explicar, en parte, el tipo de elementos arquitectónicos extremadamente toscos que están asociados con este edificio. Sin embargo, también es posible que las piezas expuestas en el Museo de Córdoba contaran con un revestimiento, es decir, fueran utilizadas en el exterior, lo que podría indicar la presencia de un ciborio para un pozo o una estructura similar, poco sofisticada y sin aspiraciones estéticas. Insistimos en este asunto porque no creemos que estas piezas pertenezcan al programa decorativo de una catedral, dado su alto grado de tosquedad y escasas dimensiones.

Los elementos de decoración arquitectónica que se encuentran en la zona tampoco son muy útiles, ya que son bastante raros y difíciles de interpretar. Tradicionalmente, la historiografía científica afirma que las piezas expuestas en el llamado museo de San Vicente (ubicado dentro de la Mezquita) provienen de las excavaciones realizadas por Félix Hernández. Esto es un error, porque tenemos un informe completo de A.M. Vicent (antigua directora del Museo Arqueológico de Córdoba en los años '70) donde estudia cada pieza, incluyendo su origen y propiedad. Gracias a este informe sabemos que muy pocas piezas de las expuestas en este lugar vienen, de hecho, de la antigua basílica de San Vicente. La mayoría, de hecho, no se sabe de dónde proceden ni tienen origen conocido.

Lo único que sabemos con certeza es la existencia de una estructura orientada al noreste y enclavada entre un abigarrado conjunto de paredes de *opus vittatum mixtum* y cuyas habitaciones están decoradas con mosaicos de cráteras, losanges y roleos. Es muy difícil arriesgar una hipótesis global explicativa considerando el estado actual del conocimiento, pero lo que parece claro es que estas estructuras deben estar relacionadas con el templo principal de San Vicente de alguna manera.

Después de la conquista de Córdoba por capitulación, los cristianos conservaron ciertos derechos sobre la Catedral consagrada a San Vicente²⁴. Por lo menos, esto parece ser así hasta el año 748-9 d.C., cuando la ejecución de setenta yemeníes por al-Sumayl, el líder de las tribus Mudar, ocurre en esta

²⁴ Para los relatos sobre la Mezquita es imprescindible acudir a LAFUENTE, 1867 y OCAÑA, 1942.

zona. Si el edificio hubiera sido una mezquita, esta ejecución habría sido lógicamente imposible. También, en el texto el lugar se menciona como *Kanisa*, es decir, iglesia. La conversión a una mezquita no parece ocurrir hasta por lo menos el 786 d.C., aunque un texto anterior (muy confuso) que data de 756 d.C., se puede interpretar de dos maneras que alterarían considerablemente toda la cuestión: la existencia de una mezquita "junto" al palacio emiral o "dentro" de él. En cualquier caso, parece probable que la capitulación permitió a los cristianos retener ciertas iglesias fuera de las murallas de la ciudad, muchas de ellas estaban en ruinas debido a su abandono y la conquista. Dentro de las murallas de la ciudad sólo pudieron conservar la catedral.

La siguiente fase ha sido reflejada magistralmente por el historiador al-Maqqari en un texto largo, basado en fuentes anteriores, que informa sobre la expropiación de parte de la iglesia de San Vicente (784 d.C.) y sobre la erección de la mezquita (786 d.C.). Según el autor, después de la conquista musulmana, los cristianos sufrieron la expropiación de "*... la mitad de la antigua iglesia que estaba dentro de la ciudad [...] que llamaron Sant Binyant [Vicente], y construyeron en esa mitad una gran mezquita, quedando la otra mitad en el poder de los cristianos, a estos se les derribaron las otras iglesias de la corte de Córdoba*". Esta parte de la iglesia de San Vicente fue la mezquita hasta que, debido a las necesidades de espacio, Abd al-Rahman I ordenó su ampliación. La situación se había vuelto insostenible, ya que la mayor asistencia de los fieles había obligado a las autoridades a instalar tribunas -de madera, suponemos- en las naves del edificio, por lo que los fieles que asistían a las oraciones apenas podían levantarse, debido a la poca separación entre las tribunas y el techo abovedado. Además, las entradas eran escasas e incómodas.

Así, en el año 784 d.C., el nuevo Emir independiente de Córdoba compró la otra parte de San Vicente a los cristianos, y les permitió reconstruir las iglesias que estaban fuera de la medina. Toda la basílica fue destruida y, en un año, se construyó la nueva Mezquita (786 d.C.).

De esta narración debemos sacar varias conclusiones. La primera es que se necesitaría una gran excavación (incluso más allá de los límites de la actual Mezquita) para detectar los diferentes edificios que debían haber compuesto la Basílica de San Vicente, para determinar cuál de ellos era el templo principal y si existían (como parece) templos secundarios. También es necesario saber cuáles de estos edificios estaban asignados a los musulmanes, ya que es impensable que dos creencias compartan el mismo edificio. Parece lógico que el templo principal se mantenga donde la mezquita original fue construida más tarde. Es por eso que los restos encontrados en las naves coinciden con parte de ese templo principal. El que se asignó a los musulmanes debe haber estado muy cerca de él, aunque su ubicación exacta es desconocida aún.

Hace unos años publicamos que los restos arqueológicos encontrados bajo las naves de la mezquita primitiva son tan escasos que no podemos sugerir ninguna restitución sólida, y que con los datos existentes habría que pensar en dos situaciones posibles: a) su ubicación cerca del extremo occidental de la mezquita hace que pensamos que sería sólo una pequeña parte periférica de una gran basílica aún por descubrir; o b) el ábside cuadrangular encontrado, de orientación noreste, forma parte del presbiterio de la iglesia principal del complejo de San Vicente. Esta última posibilidad implicaría que se trata de una iglesia con un ábside encerrado entre diferentes salas, similar a los complejos de basílicas como las de San Sergio en Rusafa (antes de 520 d.C.), Santa Catalina en Sinaí (548-565 d.C.), San Félix en Cimitile-Nola (401-2 d.C.), Santa Tecla de Meriamlik (480 d.C.) o el impresionante complejo de Tebessa (entre 400 y el siglo VI d.C.). Pero estos dos condicionantes a priori son muy difíciles de certificar. Lo que debe quedar claro es que la Basílica de San Vicente se extendía más allá de los límites actuales de la Mezquita-Catedral hacia el suroeste, es decir, que parte de ellos continuaba hacia la actual calle Torrijos. De hecho, incrustado en la pared de una casa en esta calle, apareció un altar pagano con inscripción en griego, reutilizado como un altar cristiano como lo indica el crismón tallado en su espalda. Esto podría indicar que, seguramente, el complejo episcopal se expandía hacia el suroeste.

Desde el año 2000, varias publicaciones han intentado reinterpretar los limitados datos existentes, llegando a conclusiones muy diferentes, pero partiendo de un mínimo común denominador: la ausencia de un análisis directo de los restos arqueológicos.

La primera se debe a una hipótesis de Marfil, que reinterpreta unos muros basándose en los planos antiguos de las excavaciones de Félix Hernández y establece que nos encontramos ante la cabecera de una iglesia. Esta reinterpretación ha sido la base de todas las teorías posteriores.

La segunda fue la obra de Sánchez Ramos²⁵, que analiza esa interpretación anterior de Marfil sobre los restos encontrados en el salón de oración construido por Abd-al-Rahman I durante las "excavaciones" realizadas por Félix Hernández durante los años treinta. No dedicaremos tiempo a valorar estos argumentos donde los restos arqueológicos son secundarios en comparación con las interpretaciones y el intento de adaptar los restos mismos a modelos de edificios más conocidos de otros lugares. Según la autora, estaríamos tratando con una iglesia con el plan de una basílica dotada de salas rectangulares que rodean un ábside circular, y de la que no conocemos ni su tamaño ni su estructura. A todo esto, debemos añadir una representación gráfica de los muros

²⁵ SÁNCHEZ RAMOS, 2009.

que simplemente no tienen explicación posible. Luego hay toda una serie de paralelismos y analogías ofrecidos para la recreación propuesta, principalmente aquellos pertenecientes a complejos episcopales bien conocidos, donde se proporciona un sorprendente nivel de detalle. Finalmente, se da una cronología de todo el complejo, anterior al siglo VI, quizás del siglo V d.C., asignándole una función episcopal basada principalmente en las analogías antes expuestas, en su posición intramuros y, en última instancia, en las fuentes árabes.

El tercer ejercicio de interpretación se debe a Bermúdez Cano²⁶, y aunque dedica algún espacio para cuestionar las suposiciones de la autora anterior, en este caso se centra en las estructuras encontradas en el Patio de los Naranjos. En este artículo revisa la información de las excavaciones realizadas por Félix Hernández en el patio de la Mezquita de Córdoba, tomadas especialmente de la planta de los restos, de una publicación reciente de Fernández Puertas. A partir de esta información, el autor interpreta la organización espacial de las estructuras como "tardoantiguas", proporciona sus posibles modelos tipológicos y propone una hipótesis sobre su funcionalidad y cronología. Concluye que estas estructuras responden a "modelos aúlicos imperiales", con una organización espacial típica de una gran domus urbana, que no podemos fechar después del siglo V d.C. El artículo concluye con una hipótesis sobre su funcionalidad, interpretando estos espacios como un edificio para la *episcopalis audientia*, es decir, un posible atrio. Como en el caso anterior, los restos arqueológicos ocupan un lugar secundario al establecer hipótesis de trabajo basadas en la mera interpretación de una planta, con tres problemas adicionales: a) tenemos información contradictoria entre la interpretación de los restos por este investigador, lo que dibujó Félix Hernández y lo que Santos Jener publicó con aquello que vio, y que difiere sustancialmente de lo expuesto por Hernández; b) sabemos que algunos planos de Félix Hernández fueron interpretativos y fueron modificados a posteriori²⁷; y c) los hallazgos de elementos de decoración arquitectónica que, en este caso, sí sabemos dónde y cómo aparecieron, no se mencionan. El resultado de la utilización de esta metodología es, como en el caso anterior, la subordinación de los restos a una hipótesis previamente establecida. Además, no tiene en cuenta los únicos datos (piezas de decoración arquitectónica) que se pueden comparar, lo que llevaría a la datación del edificio a la segunda mitad del siglo VI d.C. Por el contrario, propone fechar el edificio casi dos siglos antes por paralelos de ciertas planimetrías.

²⁶ BERMÚDEZ CANO, 2010.

²⁷ Como el caso del muro de la qibla de la mezquita fundacional, SÁNCHEZ VELASCO, 2006, 183-195.

Pensamos que, ante la duda y la enorme controversia que generan estos restos, hay que ser objetivos e ir directamente a las fuentes de información. Gracias a nuestra verificación in situ y al trabajo arqueológico realizado por Guadalupe Gómez, que consistió en la limpieza y documentación de los restos arqueológicos ubicados bajo el actual piso de la primera fase de la Mezquita de Córdoba, creemos que los restos arqueológicos que están visibles proporcionan algunos datos interesantes. En las publicaciones hasta la fecha, especialmente aquellas que reinterpretan lo que fue excavado por F. Hernández, hay una brecha significativa entre lo que se representa y la realidad material: los muros existentes tienen una diferencia de altura de más de 1,5 m y siguen técnicas de construcción muy diversas, pero se representan al mismo nivel, como si pertenecieran a una sola fase de construcción. Además, incluso los muros de contención construidos para soportar el pavimento actual de la mezquita pueden haber sido representados como pertenecientes a la Antigüedad Tardía. Por lo tanto, los datos basados en reinterpretaciones deben ser puestos en cuarentena.

En realidad, se puede ver que estamos tratando con una estructura cruciforme de plan central (Fig. 3). Está construida a partir de pequeños bloques de piedra caliza, que son nivelados por hileras de ladrillos que, en algunos casos, poseen una inscripción. Toda la superficie está pavimentada con mosaicos de diferentes colores y motivos tanto figurativos como geométricos, en torno al siglo V d.C., por paralelos iconográficos. Cuando el mosaico ya estaba terminado, un rodapié de *opus signinum* bastante pobre se colocó a lo largo de toda la articulación entre el suelo y la pared. Este rodapié también oculta secciones de esta decoración, llevándonos a pensar que hubo una segunda fase de uso o construcción.

Posteriormente (fase 2), este edificio fue enterrado y encima de él encontramos que al menos otra habitación fue construida, siendo posiblemente rectangular en su base. Las paredes preservadas se levantan a más de 1,5 m por encima de la capa del mosaico anterior, usando mampostería como sistema constructivo, siendo una obra mucho más pobre que la anterior tanto en los materiales como en el mortero.

Por lo tanto, y a la espera de nuevas investigaciones objetivas sobre los diferentes restos, tendríamos que concluir que, al menos en la primera fase documentada, estaríamos tratando con un edificio similar al mausoleo adyacente a la basílica meridional del complejo basilical de El Francolí en Tarragona, que generalmente se remonta a finales del siglo IV y la primera mitad del siglo V d.C. La existencia de un reborde de *signinum* unido a la pared se utiliza a menudo en contextos funerarios (en realidad, el uso de este material en general es muy común, por lo general vinculado a necrópolis, así como estructuras hidráulicas), lo que añade pruebas a favor de esta hipótesis de trabajo. El tipo de

motivos decorativos del mosaico, una cratera con roleos, es asimismo un recurrente tipo iconográfico relacionado con el mundo de la muerte. Tendríamos, pues, un posible monumento funerario en forma de cruz junto a un posible ábside, aunque su orientación es difícil de determinar, y que no necesariamente tiene que ser la cabecera de una iglesia, como publicamos en su momento, Y que, como se demuestra en *Tarraco* o *Egara* (en su segunda fase pre-episcopal, mitad del siglo IV - 385), las grandes basílicas tienen ábsides asociados que no son otra cosa que mausoleos. Este tipo de edificios cruciformes aparecen en la Valencia de época visigoda asociado con la basílica principal del grupo episcopal y se podría fechar a partir del siglo VI d.C. en concreto, flanqueando la cabecera de la basílica, tenemos dos edificios cruciformes, un baptisterio y una *memoria* al mártir San Vicente.

Una serie de intervenciones realizadas inmediatamente al sur de la actual Mezquita, entre la Mezquita misma y el río, merecen una mención especial. Un muro gigantesco, de casi dos metros de ancho y más de 20 metros de largo, ha aparecido allí. Se ha interpretado como la pared del recinto del complejo episcopal de San Vicente. El muro ha sido datado estratigráficamente en el siglo VI d.C. Además, se han identificado varias piscinas. Están hechas de *signinum* y muestran una base ocre pintada, idéntica a la que se encontró en el patio de la Mezquita en 1996. Este edificio recientemente identificado ha sido interpretado como la residencia del primer gobernador de al-Andalus, al-Hurr, quien se trasladó de Sevilla a Córdoba. Esa es la razón por la que desde ese momento en adelante se llamaría Balat al-Hurr, el sitio para los primeros gobernadores del emirato. Más tarde, el edificio se conoció como "Casa de los Rehenes" (Dar al-rahain), según lo declarado por Ibn al-Qūttiyya.

Por lo tanto, y resumiendo el estado de cosas, debemos decir que no conocemos los límites exactos de todo el complejo episcopal, excepto en su lado sur. También es probable que el muro que refleja el boceto de Santos Jener pudiera corresponder al límite norte, aunque esto es poco más que una conjetura. Con los datos que tenemos hasta ahora, los límites oriental y occidental siguen siendo desconocidos.

Por lo que sabemos de los complejos episcopales de la época, el complejo cordobés debió albergar más de un templo (teniendo una basílica como núcleo principal); el palacio del obispo (*episcopium*); probablemente una cisterna grande con un acceso cubierto o construido como un ciborio, o algún otro tipo de edificio de funcionalidad funeraria (se debe tener en cuenta que se orientaría al norte); otras estructuras hidráulicas menores; un posible mausoleo cruciforme con mosaicos.

En términos de cronología, parece que podría fecharse en algún momento no especificado alrededor del siglo V o VI d.C. cuando hubo un verdadero

boom constructivo en la zona, que cambia completamente la estructura urbana del período romano y consolida el lugar como un nuevo centro de concentración del poder religioso y civil, es decir, un claro ejemplo de lo que podría llamarse arquitectura de poder.

En definitiva, y sin cerrar ninguna línea de trabajo, es evidente que tenemos la necesidad no sólo de revisar lo que se ha publicado, sino también de estudiar seriamente los archivos inéditos de F. Hernández, de documentar rigurosamente los restos ya excavados y de realizar nuevas excavaciones arqueológicas. Tal vez se esté buscando respuestas donde no sea posible encontrarlas, y se esté abandonando la posibilidad de conseguirlas en lugares descartados por la investigación actual. Consideramos, por último, probado que el tipo de planta de un edificio no proporciona, en sí mismo, una cronología precisa.

2.2. LA CIUDAD FUERA DE LAS MURALLAS

Las principales vías imperiales y necrópolis pronto se convirtieron en áreas cristianizadas, así que en esta sección nos centraremos en el estudio de las áreas suburbanas que albergaron un edificio o un complejo religioso. Éstos se localizaban generalmente a lo largo de las vías principales de salida de la vieja ciudad romana.

Una vez que nos centramos en el área extramural, debemos comenzar recordando que, a finales del siglo XVII, el licenciado Barquera de Torquemada compuso una ilustración que muestra cómo la ciudad de Córdoba estaba rodeada por varios cinturones de monasterios que, según este autor, seguían la regla de San Basilio (pre-benedictina). Por lo tanto, es indudable que la memoria de los lugares santos se conservó a través de la cultura popular de los cristianos arabizados -los llamados "mozárabes"-, tanto en la mente de los que se quedaron en Córdoba como en los que se exiliaron. Esto es fácil de comprobar en las fuentes. El documento no es muy preciso, pero puede ayudarnos a llegar a una serie de conclusiones que proporcionan una línea de partida perfecta en el estudio de la periferia de la ciudad. El dibujo deja claro que había una serie de lugares cercanos a la ciudad, a saber, Tercios, Cuteclara, Santa Eulalia y San Cristóbal (*Sci. Christophori*). Mientras que esta última se encuentra al otro lado del Guadalquivir, las tres anteriores están situadas por la vía principal que va del suroeste al noreste, paralela a la ciudad. Los lugares restantes parecen muy alejados, ya que se encuentran sobre montañas lejanas dibujadas de forma muy sencilla. Sin duda, una asignatura pendiente en la arqueología cordobesa es la de realizar un profundo trabajo sobre la localización y caracterización de todos los edificios considerados mozárabes y definidos en las fuentes islámicas.

A la hora de analizar la zona extramuros de la ciudad, haremos un recorrido siguiendo el sentido de las agujas del reloj. Partiendo del suroeste, encontramos un área a lo largo del río, donde hay una notable necrópolis tardía alrededor de lo que hoy es el cementerio de Nuestra Señora de la Salud. Aquí, a principios del siglo, aparecieron varios sarcófagos lisos de piedra, y en esta zona también se produjo el descubrimiento de dos altares con el típico *loculus* para reliquias, uno de las cuales es la más grande que se haya encontrado en Hispania. Sin embargo, no ha sido posible relacionarlos con restos arquitectónicos de ningún tipo y su hallazgo, en las obras de construcción del puente de San Rafael y la Avenida del Corregidor-Vallellano supuso tal remoción de tierras que no tenemos la seguridad de que procedan de la zona.

Más al norte, frente a la fachada oeste de la vieja muralla romana, encontramos lo que es sin duda la mayor colección de elementos arquitectónicos y decorativos de la antigüedad tardía que se han recuperado en la ciudad. Se relacionan con un gran edificio parcialmente excavado por Santos Jener en la década de 1940, en el llamado Cortijo de Chinales (una zona entre las actual Avenida del Aeropuerto y la calle Antonio Maura), cuyas características constructivas son similares a las encontradas en los cimientos de Cercadilla. Pensamos que podría ser la Basílica de San Acisclo (Edificio Complejo C7) mencionada en las fuentes, aunque esta es una mera hipótesis de trabajo. Su disposición rectangular, sus sólidas paredes, su buen abastecimiento de agua desde un acueducto romano cercano, su ubicación en una antigua necrópolis romana ubicada al oeste de la ciudad, próxima al arrabal de los Pergamineros de las fuentes árabes, la existencia de tumbas tardías dentro del edificio, su importante programa decorativo, etc., son aspectos que constituyen una evidencia suficiente para sostener la hipótesis de que se trata de San Acisclo, una de las dos grandes basílicas martiriales de la ciudad, que inevitablemente habrían sido construidas en el lugar del entierro del santo.

En la época romana este lugar era un área de expansión natural para la Colonia Patricia, por lo que sus usos y funciones variaron a lo largo del período altoimperial. Así, alrededor del final de la era republicana, se convierte en una importante necrópolis donde se construyen monumentos funerarios circulares. Esta zona funeraria llegaría a la actual Avenida del Aeropuerto y Camino de los Sastres, donde se encontró una impresionante colección de lápidas de gladiadores de época Flavia, la segunda colección más grande de inscripciones gladiatorias del Imperio, sólo superada por la propia Roma.

A partir del período Flavio, la zona sufre un intenso proceso de urbanización. Los necrópolis se concentran al sur del Arroyo del Moro. Las grandes tumbas circulares se transforman en grandes domus. Del mismo modo, las antiguas vías funerarias desaparecen y dan lugar a calles porticadas en torno

a la actual calle Antonio Maura. Hubo una intensa urbanización que convierte esta zona en una importante área de expansión para la colonia. Las infraestructuras encontradas son enormes y reflejan una gigantesca capacidad de consumo y, por supuesto, de eliminación de aguas, comparable a otras ciudades como Itálica. De hecho, Santos Jener confundió los registros de estos enormes alcantarillados con "monumentos funerarios en forma de torre" rellenos de "tierra negra". Mirando sus plantas, podemos concluir que estos registros y, por lo tanto, la urbanización del área, cubrieron gran parte del área occidental hasta la actual plaza de Costa Sol. Es decir, 600 metros de inmensas calles y pórticos que, a juzgar por su sistema de desagüe, deben haber pertenecido a edificios que necesitan estas infraestructuras, tales como grandes baños, mercados, etc.

Por lo tanto, entre las actuales calles de Antonio Maura (anteriormente Camino Viejo de Almodóvar) y Avenida del Aeropuerto (Carretera Nueva de Almodóvar), debe haber existido una zona de necrópolis, tal vez desplazada hacia el sur por un rápido crecimiento urbano, que transformó su papel como necrópolis a lo largo de la época Altoimperial. Sólo mediante la comprensión de la disposición urbana romana precedente podemos establecer la relación que explica el ascenso en el área del mayor complejo martirial de la ciudad. De ahí la importancia de diferenciar las áreas habitadas de aquellas destinadas a ser usadas para enterramientos. Y es precisamente en el área de la necrópolis (al sur del Arroyo del Moro) donde se erigió la basílica martirial.

Es en esta zona donde Santos Jener encontró los restos de un inmenso edificio que dató en la época visigoda debido al gran número de restos arquitectónicos descubiertos. La estructura constructiva de sus muros, sin embargo, se parece a la técnica de construcción utilizada en los cimientos de Cercadilla.

Los planos dejados por Santos Jener reflejan la enormidad del edificio. Este arqueólogo pensó que esta estructura era similar a la iglesia de San Peretó, en las Baleares, que sin embargo es pequeña comparada con los restos cordobeses. Además de eso, apareció un buen número de "enormes" columnas y tumbas, tanto dentro como fuera de la supuesta basílica. Esto hizo que su descubridor confirmara la cronología que había propuesto. Un estudio exhaustivo de las fuentes, tanto mozárabes como islámicas, llevó a Santos a suponer que estos restos pertenecían a la Basílica de San Acisclo. En la actualidad, esta es la hipótesis más sólida sobre la ubicación de esta basílica.

Sin embargo, la reconstrucción realizada por el propio Santos parece improbable, porque localiza el ábside hacia el sur, una orientación que habría de desechar en un principio para las iglesias.

Los restos que han aparecido allí, así como el material de decoración arquitectónica, indudablemente sugieren que habría sido una basílica, pero muy

diferente a la descrita por Santos. Dada la información original que hemos podido consultar, y después de proceder a su revisión con toda la cautela que requiere un asunto de este tipo, hemos propuesto una planta cuadrada de gran anchura, dotada de un ábside orientado hacia el oeste. Algunas de las paredes se reforzarían con potentes contrafuertes internos, una necesidad estructural derivada de las fuertes presiones laterales a las que estaría sometida la construcción en una zona con pendiente pronunciada hacia el sur. Por lo tanto, ésta sería una sucesión de cimientos que actuarían como aterrazamientos y, al mismo tiempo, como muros de cimentación continua para las columnas de las naves centrales. Esta es la razón por la que defendemos la hipótesis de la posible existencia de cinco naves en esta basílica, aunque no podemos afirmarlo categóricamente. También debemos señalar que en la basílica de El Germeo (véase *infra*), los contrafuertes internos similares forman parte de una segunda fase en la reconstrucción del edificio. No estamos seguros de cómo interpretar algunas estructuras, que podrían muy bien ser mausoleos.

Podríamos encontrarnos frente a una gran basílica, orientada hacia el oeste - como las basílicas de Constantino-, dotada de importantes naves columnadas y que alberga un número considerable de tumbas dentro del complejo. Por lo tanto, estaríamos frente a una posible basílica martirial de un período muy temprano, ubicada, como era de esperar, en medio de una de las mayores necrópolis de la Córdoba romana, ahora ya cristianizadas. El modelo seguido podría ser el de las grandes basílicas martiriales de Roma de principios del siglo IV d.C. Pero hay otra posibilidad que debe ser considerada. También podríamos estar frente a un edificio cuadrangular con un ábside occidental y mausoleos adyacentes a las fachadas principales, como el de la Basílica de San Fructuoso en Tarragona o la basílica norte del complejo del Francoli (Tarragona). Otra posibilidad, aunque remota, sería la existencia de una memoria como la encontrada en Salona (cementerio de Manastirine, siglo IV d.C.), donde las tumbas de los santos rodean un pórtico cuadrangular abierto.

En esta fase, que consideramos fundacional, no han aparecido vestigios de decoración arquitectónica. Todo lo que se encuentra se puede atribuir a dos momentos: el siglo VI d.C. y el siglo VII d.C. Esto se refleja en las piezas de la colección del Museo Arqueológico que vienen de este edificio y de su entorno inmediato. Este hecho no es sorprendente, especialmente si consideramos las constantes guerras y asaltos que han tenido como protagonista la zona extramuros de la ciudad, en especial la basílica de San Acisclo. Y como en Cercadilla, podemos vislumbrar la importancia que se le atribuye a este Complejo Edificio gracias a la grandeza y calidad de los restos de decoración que han sobrevivido.

Hasta el momento, todos los indicadores parecen converger en la definición de estos restos como los de una basílica martirial, uno de los puntos focales de la topografía religiosa de la ciudad. Para apoyar esta teoría podemos contar con el riguroso análisis topográfico del área circundante del hallazgo, a saber, el descubrimiento de una importante área de necrópolis que une este Complejo Edificio a la ciudad por el Sureste (Complejo de Edificios C8). Los muros en espiga son de un tipo que se encuentra tanto en los monumentos funerarios (Coracho) como en los cementerios urbanos más importantes de Hispania (como el de Écija). De hecho, algunos mausoleos encontrados en el yacimiento de la carretera de Carmona de Sevilla tienen paredes que muestran técnicas de construcción similares. También es posible pensar en la cristianización de los rituales fúnebres, con el uso de una clara iconografía cristiana, como se muestra en el fragmento de vidrio que se encuentra representando una escena más que probable *Traditio Legis*. En cuanto a la cronología, pensamos que los datos nos permiten retroceder las fechas hasta mediados del siglo IV d.C.

El contexto al norte de la supuesta basílica de San Acisclo es igual de interesante. La importante colección de elementos arquitectónicos y litúrgicos que se encontró en la antigua "Huerta de la Camila", hoy la zona de Avenida de Medina Azahara (Complejo Edificio C6), enlazaría topográficamente esta zona occidental con la norteña, es decir, con Cercadilla. Las excavaciones se iniciaron en este sitio en 2003, motivadas por el proyecto de restauración de la antigua Facultad de Medicina Veterinaria, que se convertiría en el Rectorado de la Universidad de Córdoba. En 2010 aparecen dos monografías extensas sobre las áreas suburbanas de la ciudad de Córdoba y el propio anfiteatro. En estos libros se defiende la existencia, dentro del anfiteatro, de los restos de dos o tres *cellae memoriae* relacionados con un culto martirial. Poco después, las conclusiones a las que se llega en los libros antes mencionados son severamente criticadas por Hidalgo, que sostiene que los restos interpretados como capillas de martirio son en realidad parte de la estructura del propio anfiteatro. En la actualidad, las investigaciones están aparentemente en curso.

Lo cierto es que una alternativa más realista para la Antigüedad Tardía que la de acumular lugares de culto dentro de un anfiteatro reutilizado sería la presencia de varios edificios bajo la misma advocación vinculados con una plasmación en la topografía urbana de las pasiones martiriales. En esta zona occidental de la ciudad tenemos fuentes relativamente precisas que nos informan de la existencia del complejo de San Acisclo, que consistiría en una *basílica, aula y titulus*, que bien pueden ser diferentes edificios cerca unos de otros y bajo una única advocación, como es el caso de San Lorenzo fuori le Mura en Roma. De hecho, sabemos que los complejos episcopales bajo un nombre único estaban compuestos de muchos edificios que no necesariamente

estaban funcionando al mismo tiempo. A este respecto, algunos de los supuestos que hemos estado tratando durante mucho tiempo, en relación con la articulación de la topografía cristiana de los suburbios cordobeses, en este caso el lado occidental, se basan en la suposición, ya expuesta más arriba, de la ubicación de una gran basílica inmediatamente al sur de la Avenida de Medina Azahara, donde no sólo tenemos restos arquitectónicos, sino también decoración escultórica y litúrgica, junto con inscripciones y una necrópolis. Hemos defendido, como lo hizo Santos Jener (1955), que ésta podría ser San Acisclo.

En este punto debemos mencionar dos sitios arqueológicos directamente relacionados con el anfiteatro y su reutilización: a) los restos encontrados inmediatamente al oeste de este edificio, que son difíciles de interpretar; y b) los restos de decoración arquitectónica encontrados durante las excavaciones antiguas en Huerta de la Camila, en el antiguo convento de La Victoria ubicado inmediatamente al norte del anfiteatro.

En junio de 1948, el Instituto de la Vivienda inició la construcción de un bloque de viviendas en una zona de unos 1600 m² en la Huerta Cebollera, en la Avenida de Medina Azahara e inmediatamente al oeste del anfiteatro recientemente descubierto. Los hallazgos arqueológicos, según Santos Jener que los pudo documentar, parecían grandes casas con ábsides, columnas y pavimentos de piedra, en las que se encontraron varias tumbas. El arqueólogo cordobés las interpretó como casas-basílica o como *cellae memoriae*, es decir, capillas para el culto martirial.

No podemos saber con certeza si lo que Santos Jener identifica como grandes casas debe ser datado de la época romana. Tampoco sabemos si la habitación con el ábside habría sido construida durante la Antigüedad tardía. La falta de una secuencia estratigráfica nos impide ofrecer una aclaración precisa. Sin embargo, como veremos en la sección siguiente, creemos que lo que Santos describió podría haber sido un área de necrópolis que cayó en desuso después de mediados del siglo I d.C. y fue reemplazada por el barrio extramuros altoimperial. Más tarde este barrio (*vicus*) se convertiría en un área de la necrópolis en la Antigüedad tardía, pues algunas tumbas de este período se construyen con los materiales reutilizados de época imperial. Esto podría explicar la heterogeneidad de lo que se encontró.

Recientes excavaciones en la zona han documentado este tipo de entierros en pozos revestidos con grandes piedras reutilizadas, aunque no se dan noticias del descubrimiento de estructuras de edificios.

Tradicionalmente, toda la historiografía sobre el tema ha asignado una cronología altoimperial al ábside que mira hacia el norte y que aparece en los planos hechos por Santos Jener, algo que a priori es injustificado. Podemos pensar que sea parte de un área doméstica, pero no lo sabemos con seguridad.

En cualquier caso, si las excavaciones futuras confirmaran la datación de lo que queda de estas estructuras, habría que descartar que se tratara de una iglesia, aunque sólo sea por su orientación, norte-sur, impropia para un templo. Podría ser también un monumento funerario con un ábside, relacionado con el camino y la necrópolis cercana. Este tipo de monumentos son comunes en la Bética, y dos de las inscripciones halladas, que mencionan a *Mussia Agele* y *Mussia Rosia* parecen hablar de recintos funerarios familiares.

El segundo de los contextos arqueológicos, directamente asociado con la reutilización del Anfiteatro y su entorno inmediato, sería una serie de piezas de decoración arquitectónica que han sido obviadas por la investigación con frecuencia, y que están relacionadas con este edificio, aportando datos interesantes. Se trata de la colección arqueológica del Museo de Bellas Artes de Córdoba (MBACO), basada en la colección de la familia Romero de Torres. Las piezas, muchas de las cuales exhiben una calidad y una talla excepcionales, pertenecen a un grupo más o menos homogéneo que, según los únicos datos disponibles, «apareció en las tierras adyacentes a la Huerta de la Camila de Córdoba».

La "Huerta Camila" es el nombre dado durante gran parte del siglo XX a la tierra previamente ocupada por el Convento de La Victoria, que poco después se convirtió en la zona militar de la Avenida de Medina Azahara, compuesta por el cuartel de Artillería de San Rafael (hoy Gerencia de Urbanismo y Sadeco), la actual Comandancia Provincial de la Guardia Civil y los bloques de viviendas militares de la Avenida de la República Argentina. Se encuentra justo en el lado norte de Avda. Medina Azahara, a sólo 25 m del anfiteatro encontrado bajo la antigua Facultad de Veterinaria. Gracias al plano de la ciudad de Córdoba durante la ocupación francesa (1808-1812), realizado por Karvinsky, y a un dibujo del francés Guesdon que data del siglo XIX, sabemos de la ubicación y aspecto de este antiguo convento. Las piezas de esta impresionante colección, que hemos podido estudiar directamente, no dejan dudas sobre la importancia y la grandeza del edificio al que pertenecían, y proporcionan un arco cronológico que abarcaría desde el siglo V hasta aproximadamente la primera mitad del siglo VII d.C. Además, el tipo de elementos encontrados, como los cancelos del presbiterio, las barroteras de cancel, las columnas octogonales o los frentes de los sarcófagos, indicaría que estamos tratando con una iglesia verdaderamente monumental.

Ir más allá de la mera verificación de la relación entre los restos de edificios encontrados y sus elementos arquitectónicos y litúrgicos significaría forzar conclusiones hacia una explicación que, debemos admitir, con los datos disponibles hasta la fecha, se nos escapa. Pero si queremos proporcionar una explicación histórica de los hallazgos, debemos recurrir a toda la información

accesible y situarla en su contexto. A pesar de que son muchas las intervenciones arqueológicas recientes, no se puede obviar la constante aparición de restos desde hace más de un siglo en la zona.

En este sentido, creemos que este conjunto de restos que acabamos de mencionar no puede ser razonablemente explicado si no los vinculamos con los que aparecieron inmediatamente al sur, la posible iglesia de San Acisclo, que articula toda la zona occidental del suburbio de la ciudad. Nos encontraríamos con un típico complejo martirial tardoantiguo, que marca en la topografía de la ciudad la historia del mártir local, a saber: una basílica principal situada sobre una necrópolis precedente, que señala el lugar del enterramiento del mártir para su veneración y que sería el lugar de enterramiento deseado por gran parte de la población de la ciudad; una posible basílica o capilla en el entorno del anfiteatro occidental, relacionada con la conmemoración del lugar del martirio del santo; un conjunto de monumentos funerarios vinculados a todo este complejo sagrado. Insistimos una vez en que hay que desterrar la idea de que las iglesias tardoantiguas y de época visigoda son pequeños y toscos edificios. Los complejos martiriales urbanos de la época, conocidos bien en Europa, son áreas extensas plagadas de edificios religiosos, conmemorativos y funerarios que transforman la realidad previa de época romana, generando una nueva ciudad plagada de referencias topográficas a la nueva religión y los mártires locales, que se convierten en los defensores místicos de la ciudad y en los intercesores de sus habitantes ante Dios.

Indudablemente, la zona periférica más prominente de Córdoba, arquitectónicamente hablando, es el complejo de edificios de Cercadilla (Complejo de Edificios C4, Fig. 4). En cuanto a este inmenso emplazamiento, se ha pensado que podría ser un palacio imperial, una villa enorme, o la residencia del obispo Osio erigida como imitación de residencias imperiales. También se ha dicho que pudo convertirse en la basílica martirial de San Acisclo. Sin lugar a dudas, la hipótesis que más ha calado en la población es que Cercadilla se trata del palacio del emperador Maximiano Hercúleo, supuestamente realizado para una estancia de este gobernante durante una guerra que, sabemos, duró unos seis meses. Lo que ocurre es que los datos que poseemos de la estancia de los emperadores en diferentes lugares durante los conflictos militares indican claramente que se alojaban donde podían, generalmente en casas lujosas de las áreas de conflicto, aunque como Juliano llegaron a dormir en establos y barracas muy toscas. Todo el complejo se habría realizado de una vez y se ha fechado a finales del siglo III d.C. por la aparición de un fragmento de inscripción, posiblemente reutilizada en unos baños. Sin embargo, según un codirector de las excavaciones durante los primeros años, los datos estratigráficos indican que la construcción de la gran basílica se produjo a partir del año 320 d.C. por el tipo

de cerámica encontrado en sus zanjas de cimentación. En resumen, hay una profunda controversia científica a nivel internacional sobre qué es y de cuándo es Cercadilla, que curiosamente no ha llegado a ser conocida por la mayoría de los cordobeses.

Muchos investigadores y especialistas de la Antigüedad tardía han seguido las líneas de argumentación tradicionales y no han tomado en consideración los datos existentes tomados en su conjunto: las fuentes especifican claramente que la basílica de San Acisclo (como ya hemos visto antes) estaba situada al oeste de la ciudad, no al norte, como es el caso de estos hallazgos; recordemos también que la basílica se describe como muy apta para la defensa, y Cercadilla es indefendible por su propia forma; una iglesia martirial en honor a San Acisclo sólo podría haber sido construida sobre el lugar del martirio y / o sepultura del mártir, y no en algunas dependencias reutilizadas de un supuesto palacio imperial convertido en un palacio del gobernador de la provincia, donde sería impensable que se produjera una ejecución, y mucho menos un entierro; una reubicación de reliquias (a priori y en este mismo momento tan temprano) también debe ser descartada.

Todos los investigadores mencionados han subrayado la uniformidad de la construcción en todo el enclave extramural, pero un análisis detallado de la información disponible indica que esto no es así: Cercadilla sería el resultado de la aglomeración constructiva de varias fases arquitectónicas cuyas dimensiones y cronología aún están por determinar. Ahora nos concentraremos en las fases principales. Como puede observarse en los planos y fotografías publicadas, los baños se superponen claramente a edificios anteriores, lo que indica una posterioridad estratigráfica evidente. De hecho, parte de las paredes del complejo termal se solapan con la basílica e incluso una piscina de piedra se introduce dentro del gran edificio basilical. La documentación fotográfica muestra cómo se monta una tubería de plomo bastante grande a lo largo de un tramo de la pared norte de la basílica, e incluso se muestra un agujero para la caja de distribución del agua, un sistema típicamente romano que está bien documentado en Córdoba. Toda la evidencia apunta claramente a la imposibilidad estratigráfica de la contemporaneidad de las dos estructuras. Además, el lecho de la tubería de plomo, tallado en la pared de la basílica, indica que esta pared sobre la que descansaría la tubería había sido desmantelada (y ya no existía) y que lo que quedaba era utilizado como base para la estructura hidráulica. Se ha sugerido que se desconoce la forma en que se suministró agua a los baños, aunque la evidencia parece indicar que la tubería mencionada anteriormente debe haber pertenecido al sistema de suministro de agua del complejo termal. Hay que destacar que la técnica de construcción utilizada en la basílica es bastante diferente a la de los baños. Mientras que las

paredes de la basílica se construyen de *opus vittatum mixtum*, los baños intentaron reproducir un efecto similar, con un resultado bastante pobre. Esto sugeriría, siempre que prestemos atención a la secuencia estratigráfica clara de ambas estructuras, la posibilidad de que los baños fueron construidos utilizando el material constructivo de la gran basílica. Todo lo anteriormente explicado implica que el principal argumento cronológico utilizado para dar una cronología a un complejo de casi 8 hectáreas, esto es, un fragmento de una inscripción reutilizada, no puede tenerse en cuenta.

Un segundo caso de acumulación de una serie de fases constructivas no contemporáneas se aprecia en el conjunto de habitaciones denominado edificio L. Excavado en 1994, este edificio es el resultado de habitaciones superpuestas y elementos arquitectónicos que requerirían un análisis cuidadoso.

Otro caso, el tercero, de las paredes superpuestas se produce en los edificios E y D, que están estrechamente relacionados. Es un grupo de edificios a los que se accede a través de un atrio cuadrangular. El edificio E tiene un piso central, cuadrado y tiene tres ábsides enormes. Su entrada es un nártex terminado en dos ábsides. En un momento posterior, un edificio basilical se vincula al lado del sur del nártex. A estos últimos se unen otros dos, idénticos pero de pequeño tamaño, en su frente oriental. En un momento indeterminado, el edificio E se destruye, y otro se construye sobre él, con cuatro ábsides cuadrangulares, y con una orientación ligeramente diferente de la primera. En parte del edificio D se construye un pequeño edificio circular, también con ábsides, idénticos (incluso de tamaño) al mausoleo de Tolentino. Estos edificios, que han sido interpretados como parte del área privada de un palacio, son probablemente edificios funerarios

La lista de superposiciones no se detiene aquí, ya que hay muchas más. La evidencia presentada arriba implica la existencia de un posible centro original que articule todo el complejo: el atrio semicircular y su criptopórtico, así como la gran basílica orientada al oeste y las dos galerías de cada lado que parecen disfrutar de accesos directos desde el atrio. Todos los edificios restantes parecen estar construidos sobre este núcleo central, encima de él o simplemente agregados para amortizar o alterar la estructura original.

Recientemente se ha publicado la última excavación arqueológica en el complejo. En esta publicación se asume la cronología previa de todo el complejo, y se habría logrado recuperar una serie de cimentaciones independientes de hormigón romano separadas de un muro de contención. Estas estructuras se han interpretado como puertas, aunque en realidad podrían corresponder a una columnata al estilo de la que sirve de acceso a San Lorenzo de Milán, muy similar a la conservada en la calle Mármoles de Sevilla, que ha sido vinculada a la cercanía de la catedral sevillana. Este tipo de calles

decoradas con columnas o accesos monumentales columnados son típicos de los complejos religiosos tardoantiguos, y están muy bien estudiados en Oriente.

Finalmente, a todo esto habría que añadir las estructuras del llamado Edificio K, que ha sido interpretado como un cuartel. De hecho, estas estructuras guardan cierto parecido con algunos cuarteles. Lo que sucede es que son idénticos a los antiguos monasterios que datan del siglo VII al IX que rodeaban toda la zona del Vaticano, vinculados a las iglesias de San Esteban Mayor y Menor. Así se puede observar en la planta de Tiberio Alfarano reproducida por Ferrari. La densidad de los monasterios alrededor de la basílica era tan grande al comienzo de la Edad Media que la zona se llamaba *Civitas Leoniana*. Por lo tanto, no debe descartarse que fuese un monasterio asociado con el complejo episcopal, o su posterior reutilización.

Creemos que, dada la evidencia, el trabajo ya publicado y los informes administrativos revisados de las excavaciones, estaríamos tratando con un *Episcopium* (nombre que reciben las catedrales en esta época) construido fuera de la ciudad debido a su cronología temprana, sobre una villa previamente destruida, cuya planta sería el resultado de las sucesivas transformaciones realizadas por los obispos de Córdoba durante gran parte de la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media. Su evolución no sería tan diferente a la de otros centros episcopales, como Milán, Ravena y Roma, donde se puede establecer una adición de varios edificios, no necesariamente contemporáneos, a la basílica original. Finalmente, a lo largo de los siglos, habría sido el lugar elegido por algunos obispos de Córdoba para su propio entierro, como lo demuestra el hallazgo de la tumba del obispo Lampadio y el anillo del obispo Sansón. Así que tal vez en el contexto de las múltiples guerras documentadas en la Bética durante la segunda mitad del siglo VI d.C., el asiento episcopal habría sido colocado dentro de las murallas de la ciudad, en San Vicente, donde el nuevo centro de poder se establecería, junto al palacio de los gobernadores visigodos.

También en la periferia norte de la ciudad, bajo la actual Diputación de Córdoba, se encuentra una estructura (Edificio C5), gravemente dañada por las sucesivas actividades de construcción durante el período Moderno y Contemporáneo. Cuenta con la única piscina bautismal que se ha detectado en Córdoba, que a menudo ha sido interpretada como un baño doméstico, aunque en realidad encaja perfectamente con el tipo de piscina funcional que el ritual primitivo del bautismo requiere. En el ritual bautismal paleocristiano las escenas bíblicas del bautismo de Cristo se reproducen de forma ciertamente peripatética, como si fueran un teatro, donde el obispo toma el papel de Juan el Bautista y los catecúmenos asumen el papel de Cristo. Para llevar a cabo el ritual se requería una corriente considerable de agua, que imitaba el efecto de la orilla del río Jordán. El bautismo sólo se podía realizar una vez al año, *in magna nocte* (en la

gran noche), generalmente en Pascua. Se completaba la ambientación con unas velas que simulaban el Espíritu Santo, que también podía ser recreado usando lámparas de aceite colgadas del techo en forma de pájaro. El catecúmeno, tras años de instrucción, se introducía en la piscina bautismal por Occidente (símbolo de la muerte, el pecado y Satán), se sumergía hasta la rodilla, era bautizado y salía del baptisterio por Oriente, para recibir su primera comunión.

Tales cantidades de agua necesarias para el evento litúrgico habrían sido accesibles debido a la proximidad de un acueducto de Córdoba, construido en la época de Domiciano. La historiografía tradicional ha identificado este sitio con la Basílica de Santa Eulalia mencionada en fuentes textuales. Sin embargo, y aunque puede ser probable, no existen pruebas reales al respecto. Lo que sí sabemos es que en esta zona han aparecido un gran número de piezas posiblemente litúrgicas, entre ellas cancelos de presbiterio magníficos que datan del siglo V d.C., así como los sarcófagos cristianos primitivos del período constantiniano que se conservan en nuestros museos.

La zona noreste es poco conocida durante la Antigüedad Tardía, sometida a una intensa transformación en época islámica con su conversión en un amplio distrito densamente poblado, la Axerquía. Además, no hay restos arquitectónicos de ningún tipo que puedan relacionarse con elementos escultóricos y litúrgicos que se han ido encontrando en las excavaciones antiguas y modernas, incluyendo un dintel decorado que se encontró en el barrio de Santa Marina, y que probablemente perteneció a un acceso a un monumental edificio religioso.

Lo mismo ocurre en la zona suroriental, donde se conocen varios hallazgos notables que parecen relativamente alejados entre sí: a) el capitel de los Evangelistas, hallado durante las reformas llevadas a cabo en una casa de la calle Duque de la Victoria; b) una inscripción que menciona la deposición de algunas reliquias bajo la actual iglesia de San Pedro; c) varios sarcófagos tardoantiguos de plomo encontrados en la calle Diario de Córdoba; d) una inscripción monumental hallada (y luego perdida) en las inmediaciones de la actual Plaza del Potro, donde habría sido consagrada una iglesia cuya decoración es idéntica a las piezas encontradas en el barrio de Santa Marina.

Todo esto dentro de un amplio marco temporal que abarca entre los siglos V y X d.C., lo que nos llevaría a considerar la posibilidad real de la existencia de un centro de culto cristiano tal como se documenta en las fuentes, el del *Trium Sanctorum*. Los hallazgos tienen como epicentro el barrio medieval de Barrionuevo de Tundidores, un lugar donde ya propusimos hace una década la existencia de un posible anfiteatro, vinculado a la cercana presencia del Concilio Provincial de la Bética, presidido por el actual templo de la calle Claudio Marcelo. La principal dificultad es, una vez más, la falta de investigaciones y

excavaciones realizadas en la zona. Como es el caso del teatro romano de la Colonia Patricia Corduba, se necesitarían años de excavaciones y un programa intensivo de recuperación de los restos arqueológicos para hacer factible el hallazgo de estos grandes edificios abandonados de la época romana, masivamente expoliados durante siglos. Sin embargo, bajo la actual recesión económica, consideramos casi imposible reproducir las circunstancias que llevaron al descubrimiento del teatro romano de Córdoba. En este sentido, ya hemos visto cómo los anfiteatros se convierten en importantes hitos topográficos reutilizados para la religiosidad de la Antigüedad tardía, algo que se ha hecho evidente en las excavaciones recientes en Avenida de Medina Azahara.

En relación con el centro martirial de la zona oriental de la ciudad, documentado por las fuentes, nos encontramos con la necrópolis tardía que fue hallada en la calle Lucano (Complejo Edificio C9). A partir del siglo III aparecen nuevas áreas funerarias. Esto hace que muchas de las estructuras domésticas del barrio oriental caigan en desuso. El ejemplo más significativo se puede encontrar en los actuales números 7-9 de la calle Lucano. Allí se formó una necrópolis sobre las ruinas de otra *domus* suburbana que data del siglo IV d.C. Esto sería, junto con el caso anterior, uno de los pocos lugares de enterramiento tardoantiguos reconocibles en la ciudad. En este caso, parece que, en lugar de un nuevo edificio, estaríamos tratando con la reutilización de parte de una antigua *domus*, con interesantes tipos de enterramientos diferentes (en cista, con tégulas) y un buen ejemplo de *mensa* funeraria para la realización de los *refrigeria*. Nos referimos a mesas hechas de obra colocadas en los recintos funerarios y que servían para celebrar comidas rituales de recuerdo a los muertos, algo similar a lo que se hace hoy día en México en la festividad de Todos los Santos. Estas mesas eran usadas para conmemorar a los difuntos, celebrando banquetes en días señalados que fueron una costumbre muy popular en el Imperio hasta el siglo V d.C., en que la Iglesia decidió suprimirlos ante los excesos, las borracheras y los espectáculos poco edificantes que provocaban estas celebraciones de origen pagano.

De hecho, es uno de los pocos casos en que este tipo de *mensae* ha sido identificado en Andalucía occidental: es decir, estamos hablando de construcciones asociadas con los ritos funerarios paganos que han sufrido un proceso de cristianización. En este caso se trata de una *mensa* hecha de *opus signinum* que se superpone a algunas de las tumbas (incluyendo una donde se encontró un sarcófago de plomo). Mientras la *mensa* estaba en uso, las tumbas fueron colocadas alrededor y una vez que ya no estaba en uso, fue cortada por otra tumba. Finalmente, habría que decir que estas *mensae* cordobesas se decoraron con unos motivos que los excavadores definieron como "asteriscos" y

que fueron interpretados como "cruces". Sin embargo, sabemos por pinturas de la misma época en espacios funerarios que han sido bien definidos que estos motivos deben ser entendidos como representaciones esquematizadas de estrellas, como las que se encuentran en la cúpula del tragaluz del edificio funerario de Sant Miquel, en Terrassa. Estos símbolos son ampliamente utilizados en las necrópolis tardías.

Por último, tendríamos que centrar nuestra atención en el área del otro lado del río, en las inmediaciones de la actual calle Cordel de Écija. Los hallazgos en esta zona demuestran una intensa ocupación de toda la periferia cordobesa y cerrarían simbólicamente ese círculo protector imaginario que hemos dibujado de la periferia urbana cristianizada. Allí se encontró la segunda concentración más alta de piezas de la Córdoba tardoantigua, en el mismo sitio donde la historiografía ha localizado tradicionalmente la basílica de San Cristóbal (Fig. 5). La mayoría de las piezas se datan alrededor de la mitad del siglo VI d.C. Dada su iconografía y la forma en que se representan ciertas imágenes, es fácil advertir una fortísima influencia estética bizantina. La pieza más destacada entre todas ellas, por su valor simbólico y artístico, es el famoso cimacio conservado en el Museo Arqueológico que muestra una similitud sorprendente en los mosaicos de San Apolinare Nuovo en Rávena. A esto hay que añadir un par de incensarios de bronce y una inscripción, todas ellas encontradas en el mismo lugar, que podrían haber pertenecido a los sepulcros litúrgicos. Uno de estos incensarios (de tipo globular) es idéntico al que lleva uno de los personajes representados en la conocida procesión de Justiniano reproducida en un mosaico de San Vitale, también en Rávena. Sin duda, esta influencia bizantina no debe ser tomada como casual y, junto con otras pruebas arqueológicas (como las halladas en el antiguo convento de Santa Clara) o las noticias de las fuentes históricas, demuestran una fluida relación entre Córdoba y el Imperio de Oriente.

Lamentablemente, apenas sabemos nada de la Córdoba no oficial, con sus casas, comercios, talleres, costumbres, mercados, etc. Es esta la gran asignatura pendiente de la investigación sobre la época, que debería interesarse e invertir recursos para conocer cómo vivían los cordobeses de a pie en estos tiempos. Pero para ello sería necesario un esfuerzo investigador en temas como antropología forense, estudio de paleodietas, enfermedades o registros polínicos que nos acercaran a esa Córdoba cotidiana, oculta tras unos datos demasiado enfocados hacia la realidad oficial y religiosa. Tan sólo en la excavación del teatro romano de Córdoba se pudo constatar la presencia de un taller artesanal de fabricación de teselas para mosaicos, un horno de cal y los residuos de un taller de agujas de hueso. Hemos podido recuperar estos datos gracias a que el teatro romano se convirtió en un gigantesco vertedero urbano durante siglos, y en torno a él

pulularon algunos talleres artesanales que se abastecían de materias primas en la propia ruina del antiguo edificio de espectáculos.

2.3. EL TERRITORIO DE LA CIUDAD

Toda ciudad, desde época romana, contaba con un territorio propio que podía explotar y del que obtenía recursos. Sin duda esta es otra de las asignaturas pendientes de la investigación sobre la ciudad tardoantigua, pero no sólo en Córdoba, sino en toda Hispania. Los territorios urbanos, así como los de los obispados o aquellos de los condados son un problema que tiene difícil solución, al menos con los datos existentes y con el tipo de investigación que se hace en la actualidad.

Por este motivo apenas si podemos hablar del territorio de la ciudad acercándonos a lo que podría llamarse “una periferia amplia”, que ocuparía una elipse imaginaria que abarcaría desde Villafranca de Córdoba hasta Medina Azahara y desde Villaviciosa hasta las cercanías de Santa Cruz (Ategua). Si el paisaje en época romana estaba repleta de pequeñas villas romanas, talleres de ánforas y templos rurales, la Antigüedad Tardía traerá el surgimiento de un nuevo paisaje: desaparición de las pequeñas explotaciones; la concentración de la propiedad en enormes villas rodeadas de extensos latifundios con iglesias propias y ejércitos privados al servicio del señor (*dominus*); la creación de aldeas con una cultura muy similar a la Edad del Hierro y donde se hacinarán los colonos; la aparición de necrópolis cristianizadas; el surgimiento de monasterios que pasarán a controlar extensos territorios, recursos y áreas estratégicas.

En la zona oriental, cerca de Villafranca, debió existir una de esas grandes propiedades a cargo del noble hispano-godo Oppilano, del que ya hemos hablado anteriormente²⁸, y cuyo epitafio nos aporta una valiosa información sobre quiénes eran estos terratenientes de estirpe goda que, probablemente, obtuvieron sus propiedades tras las guerras béticas de Leovigildo. Lo cierto es que la mejores tierras agrícolas de la provincia, es decir, las del valle del Guadalquivir, demuestran una concentración inusual para la Bética de inscripciones con nombres germánicos. Esto no tiene por qué significar nada más allá de que una serie de individuos usan nombres germanos en lugar de latinos. Pero algunos sí sabemos que se autodefinen por su identidad goda e, incluso, portan armas como ajuar en sus tumbas, algo casi impensable en la población hispana. Por este motivo es posible pensar que estas grandes propiedades en el valle pudieran ser el resultado del botín de guerra durante la

²⁸ MORENO RESANO, 2011.

conquista y el asentamiento de población de origen germánico en la zona. El reparto de tierras sería también una forma de sustentar una nobleza guerrera que, como hemos comprobado, tendría la obligación de socorrer al rey en sus campañas militares.

En la zona occidental del territorio, inmediatamente al sureste de Medina Azahara, hace más de un siglo que fue descubierto el popularmente conocido como Relieve Ibérico de Almodóvar, una pieza extraordinaria tenida por perteneciente a la cultura íbera durante mucho tiempo. Sin embargo, y como se dijo en el momento de su descubrimiento, en realidad se trataba del frontal decorado de un sarcófago de época tardoantigua²⁹. Esto da una idea de la necesidad de investigación en una etapa tan poco conocida. Lo realmente interesante es la escena que representa: un grupo de soldados de caballería, que por sus características son de origen germánico, acompañan la marcha de un *dominus* romano ataviado con vestimenta militar que se desplaza en un carro junto con sus sirvientes; durante la marcha, un gran ciervo se cruza en su camino y se desencadena la caza del animal. Es una de las escasísimas imágenes que poseemos en la Bética de época tardía que no trata un tema religioso, y una de las pocas de Hispania donde podemos obtener una imagen de uno de esos ejércitos privados en marcha de los que nos informa la inscripción anterior. De hecho, cuando la pieza es descubierta se pone en relación rápidamente con la inscripción villafranqueña, conocida de antiguo.

Al sur, en una zona indeterminada entre los territorios de Ategua y Córdoba pero próxima a la vía romana que unía esta ciudad con Granada, se encontró una inscripción hoy perdida, de la que conservamos su texto y su dibujo. En ella, un rico terrateniente llamado Belisarius indica que se ha construido una iglesia privada, en sus posesiones, para ser enterrado en ella. Este hecho no sólo significaba que los grandes terratenientes podían construirse sus propios templos. Las implicaciones eran mayores, y en gran medida de orden económico, ya que la creación de un iglesia estaba sujeta a una serie de privilegios fiscales sobre las donaciones recaudadas en la misma. En definitiva, construir una iglesia no sólo era una cuestión de estatus social o de piedad, sino que solía ser un buen negocio.

Finalmente, en el norte, en la zona de la Sierra, se han ubicado tradicionalmente toda esa enorme lista de monasterios mozárabes y núcleos de poblamiento de los que nos hablan las fuentes. A decir verdad, el registro arqueológico de estos emplazamientos es desconocido, y como siempre suele ocurrir, se debe más a la falta de investigación que a la ausencia de pruebas. De lo poco que sabemos, apenas si hay dos datos más o menos seguros. El primero

²⁹ SÁNCHEZ VELASCO, 2008.

de ellos es una inscripción funeraria tardoantigua de un posible religioso llamado Anerio, y que fue hallada en el siglo XIX en el Santuario de Nuestra Señora de Linares, al hacer una reformas en el edificio. Hoy se conserva en la colección arqueológica Romero de Torres. La falta de intervenciones arqueológicas impide saber si, bajo el edificio del actual santuario, existió un complejo monacal o una iglesia.

El segundo dato es más explícito si cabe. Se trata de un humilde ladrillo de gran tamaño, que también se encuentra depositado en la colección arqueológica Romero de Torres. Hallado durante unas labores agrícolas en una zona de montaña junto a Villaviciosa, es una muestra (creemos que evidente) de la existencia de una comunidad monástica o un centro religioso en la zona. El ladrillo en sí es muy común, típico de los que se utilizan para los enterramientos. Lo realmente singular es que, antes de la cocción se grabó en su superficie, con la mano, el inicio del Salmo 95: *Laetentur caeli et exsultet terra; commoveatur mare ...*(¡Alégrese los cielos y regocíjese la tierra! ¡Brame el mar ...!»). Esta interesante muestra de escritura inmediata es sin duda una prueba a tener en cuenta para la búsqueda de centros monacales, y define muy bien la cultura de los sectores religiosos de la época, que conocían la escritura y seguramente disponían de bibliotecas con biblias en sus instalaciones.

3. CONCLUSIONES. EL LEGADO DE LA CÓRDOBA TARDOANTIGUA EN LA CIUDAD ACTUAL

En pocas palabras, podemos concluir que, a pesar de los grandes enormes problemas que hemos descrito sobre la cantidad y calidad de los datos históricos, nos encontramos con la ciudad de la Bética que más y mejor se conoce durante la Antigüedad Tardía. La evolución de la ciudad se podría resumir haciendo mención de los grandes hitos histórico-urbanísticos que fueron teniendo lugar a lo largo de los cuatrocientos años que duró este periodo.

Así, durante el s. IV d.C. se produjo la cristianización de la periferia, que cambió radicalmente esa zona de la ciudad. La Iglesia consiguió el control de las necrópolis, y creó un cinturón “protector” de basílicas en torno a la antigua ciudad romana. Al menos a este momento se pueden adscribir las grandes basílicas martiriales de San Acisclo (al oeste), Santa Eulalia (al norte) y los Tres Coronas, Fausto, Genaro y Marcial (al este). La construcción de estas basílicas martiriales son una demostración del nuevo poder de la Iglesia, apoyada por unas élites y un Estado que han decidido convertirla en referente religioso y político de las comunidades urbanas. Con estas basílicas la Iglesia conmemora a sus mártires, pero también articula y transforma todo el espacio suburbano de la ciudad, como por ejemplo transformando el uso de los edificios de espectáculos

donde posiblemente se martirizó a los santos cordobeses. Esta transformación tiene como gran hito Cercadilla, que tenga la función que tenga debió ser realizada con la implicación directa del poder Imperial. Ya hemos argumentado por qué pensamos que se trata de la primera catedral de Córdoba. Si fuera así, sin duda, hay que relacionarla con la mediación del obispo Osio, una de las últimas personalidades cordobesas que tuvo implicación en la política del Imperio. Y aunque no llegara a tener la influencia en la corte que poseyeron personalidades como Séneca o los cordobeses que lograron implantar la dinastía bética de los Antoninos en Roma, lo cierto es que su proyección no se puede negar.

El siglo V d.C. comienza con la cristianización intramuros. En apenas ochenta años el cristianismo se ha convertido en la religión oficial de Roma y ya es capaz de echar un pulso a las todavía importantes élites paganas, que se atrincheraban en los edificios cívicos de la vieja ciudad romana. La demostración de estos hechos es la erección de una basílica que amortiza unas termas, transformando el urbanismo previo y ocupando espacios antes públicos, como pórticos y calles. El cristianismo es ya hegemónico, y se puede permitir eliminar “la competencia” pagana. La construcción de esta iglesia en este lugar tal vez esté determinada por la creación de un circuito de conmemoración de cultos estacionales entre los dos grandes centros martiriales, el de San Acisclo y el de los Tres Coronas.

¿Qué ocurre en la segunda mitad del siglo V y durante el siglo VI d.C.? Tal vez lo más destacado sea el desplazamiento del centro político-religioso al sur, dentro de las murallas, junto al río y cerca del puerto fluvial de la ciudad. Surgiría la nueva catedral, San Vicente, asociada al llamado Palacio del Gobernador, es decir, los dos grandes centros de la administración civil y religiosa podrían estar íntimamente unidos. Muy interesante es la aparición de S. Cristóbal, una importante basílica que sería el origen del posterior arrabal de Saqunda, y sin duda primer precedente del Campo de la Verdad. Esta gran transformación debió estar relacionada con la existencia de un estado de conmoción y peligro permanente que hizo que se abandonaran las zonas periféricas para buscar el refugio de las murallas. Sin duda, la aparición de los pueblos bárbaros debió ser una de las causas que llevaron a esta situación. Durante esta fase todo parece indicar que la ciudad contó con un autogobierno eficaz y organizado. La decisión de refugiarse en las murallas fue acertada, sobre todo si nos atenemos a la evolución de los acontecimientos durante las llamadas Guerras Béticas de Leovigildo. Córdoba le pudo echar un pulso a todo el Estado visigodo, y aunque el resultado fue la conquista, siguió manteniendo el estatus de capital administrativa de la región y siguió conservando su importancia como ciudad principal del reino.

Con todo lo ocurrido el siglo anterior se puede pensar que Córdoba sería una ruina, una ciudad abandonada y castigada. Nada más lejos de la realidad. Aunque sus murallas tal vez no fueron reconstruidas para evitar dolores de cabeza a los reyes visigodos, lo cierto es que los restos arqueológicos nos hablan de una ciudad que renace y se reconstruye durante el siglo VII d.C. La reconstrucción de algunas iglesias y la realización de nuevos programas edilicios, reflejados en programas decorativos de enorme importancia a lo largo de todas las basílicas cordobesas son una prueba más de la importancia de una ciudad que se supo reinventar tras las calamidades bélicas de la anterior centuria. De otro modo es muy complicado entender por qué es elegida como capital de al-Andalus cinco años después de la conquista de la península por las tropas omeyas. Sin embargo, y a pesar de la importancia de la reconstrucción, se aprecian claramente los grandes cambios que se están produciendo en la sociedad hispana, con una acelerada protofeudalización que se aprecia claramente en las áreas periféricas rurales.

Sólo esperamos que, con estas páginas, el lector se haya hecho una idea, una imagen mental, de la ciudad de Córdoba en época tardoantigua y visigoda. Esa ciudad tan desconocida y, a la vez, tan importante. Porque como se habrá apreciado, la Córdoba actual es una herencia directa de aquella Córdoba que supo superar la caída del Imperio Romano y reinventarse ante los convulsos años de la época visigoda. Hoy, la parte más característica de la ciudad, el eje monumental y la zona más turística es aquella zona junto al río que fue elegida por los cordobeses de la época tardoantigua para instalar su centro episcopal y su administración civil. Pero el legado de la ciudad tardoantigua no acaba ahí. Uno de los barrios con más personalidad de la ciudad, el Campo de la Verdad, tiene su origen en la construcción de la gran basílica de San Cristóbal, aproximadamente en la zona que hoy ocupa la Avenida de Cádiz desde la Calahorra. Este legado será recogido por los Omeyas, que consolidarán esta estructura urbana creando una de las maravillas del arte paleoislámico mundial, la Mezquita Aljama de Córdoba. Pero esa ya es otra historia.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- ARCE MARTÍNEZ, J. (2005), *Bárbaros y romanos en Hispania. 400-507 d.C.*, Madrid.
- BERMÚDEZ CANO, J.M. (2010), “El atrium del complejo episcopal cordubensis: una propuesta sobre la funcionalidad de las estructuras tardoantiguas del patio de la Mezquita de Córdoba” *Romula* 9, 315-341.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1967), “El posible origen africano del cristianismo español” *AEspA* 40, 115-116, 30-50.
- BRASSOUS, L. (2011), ‘L’identification des capitales administratives du diocèse des Espagnes’ en CABALLOS RUFINO, A., LEFEBVRE, S. (eds.), *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, Collection de la Casa de Velázquez (123), Madrid, 337-353.
- COLLINS, R. (1989), *La conquista árabe, 710-797*. Barcelona.
- _____(2005), *La España Visigoda, 409-711*. Historia de España, vol. IV. Barcelona.
- DIARTE BLASCO, P. (2012), *La configuración urbana de la Hispania tardoantigua. Transformaciones y pervivencias de los espacios públicos romanos (s. III-VI d. C.)*. Oxford.
- ESCUADERO ARANDA J.M. et alii, (1999): “Las murallas de Córdoba (el proceso constructivo de los recintos desde la fundación romana hasta la Baja Edad Media),” en *Córdoba en la Historia: la Construcción de la Urbe. Actas del Congreso, Córdoba 20-23 de mayo, 1997*, Córdoba, 201-224.
- FEAR, A., FERNÁNDEZ, J., MARCOS, M. (2013), *The Role of the Bishop in Late Antiquity*. Bloomsbury Academic.
- FERGUSON, E. (2009), *Baptism in the Early Church*. Michigan-Cambridge.
- FERNÁNDEZ UBIÑA, J. (2002), “El obispo y la ciudad. Aspectos seculares del poder episcopal en Osio de Córdoba”, en C. González Román, (ed.) *Estudios sobre las ciudades de la Bética*. Granada, 149-175.
- _____(2002), “Osio de Córdoba, el Imperio y la Iglesia del siglo IV” *Gerión*, 18, 439-473.
- GARCÍA LLINARES, G., MORO GARCÍA, A., Tuset BERTRÁN, F., (2009), *La Seu episcopal d’Egara. Arqueologia d’un conjunt cristià del segle IV al IX*. Tarragona.
- GARCÍA MORENO, L.A. (1972), “Colonias de comerciantes orientales en la Península ibérica, siglos V-VII”, *Habis* 3, 127-154
- _____(1977-78), “La cristianización de la topografía de las ciudades de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía” *AEspA* 50-51, 311-322.
- _____(1993), “Los monjes y monasterios en las ciudades de las Españas tardorromanas y visigodas” *Habis* 24, 179-192;

- _____(1994), “La Andalucía de San Isidoro”. en *Actas del II Con. de Historia de Andalucía. Vol. II, Historia Antigua*. Córdoba, 555-580.
- _____(1998), *Historia de España Visigoda*. Madrid.
- _____(2005), *Los judíos de la España antigua*. Madrid.
- _____(2007), “Transformaciones de la Bética durante la Tardoantigüedad” *Mainake* XXIX, 433-471.
- _____(2008), *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado*. Madrid.
- GARCÍA SANJUÁN, A. (2013), *La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado: del catastrofismo al negacionismo*. Madrid.
- HIDALGO PRIETO, R. (1998) *Espacio público y espacio privado en el conjunto palatino de Cercadilla (Córdoba): El aula central y las termas*. Sevilla.
- _____(2007) 'La puerta del Palatium de Corduba' *Romula* 6, 143-17
- IBRAHIM, T. (2011), “Nuevos documentos sobre la Conquista Omeya de Hispania: Los precintos de plomo.” en GARCÍA MORENO, L. A., VIGIL-ESCALERA, A. (coord.), *711. Arqueología e Historia entre dos mundos. Vol. I*, Alcalá de Henares, 147-161.
- KRAUTHEIMER, R. (1996), *Arquitectura Paleocristiana y Bizantina*. Madrid.
- _____(2002), *Tre capitali cristiane. Topografia e politica*. Milán.
- LAFUENTE ALCÁNTARA, E. (1867) *Ajbar Machmua*, Madrid.
- LEÓN MUÑOZ, A., MURILLO REDONDO, J.F., (2009), “El complejo civil tardoantiguo de Córdoba y su continuidad en el Alcázar Omeya” *MM* 50, 399-432.
- MARFIL RUIZ, P. (2000), “Córdoba, de Teodosio a Abd al-Rahman III' en CABALLERO, L., MATEOS, P., *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*. Madrid, 117-141.
- MORENO RESANO, E., (2011), “La representación épica del combate y de la muerte del guerrero en el epitafio de Opilano (año 642)” *Habis* 42, 299-316
- OCAÑA, M. (1942) “La Basílica de San Vicente y la Gran Mezquita de Córdoba, *Al-Andalus*, 7, 347- 366.
- ORDÓÑEZ AGULLA, S. et al. (2013), “Novedades arqueológicas de las sedes episcopales de la Bética Occidental' *Antiquité Tardive* 21, 321-374.
- OSTROGORSKY, G. (1984), *Historia del Estado Bizantino*. Madrid.
- PUERTAS TRICAS, R. (1975), *Iglesias hispánicas (siglos IV al VIII). Testimonios literarios*. Madrid.
- RODRÍGUEZ NEILA, J.F., (1988), *Historia de Córdoba. Del Amanecer prehistórico al ocaso visigodo*. Córdoba.
- _____(1988), *La Bética Romana*. Granada.
- SALVADOR VENTURA, F. (1990), *Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y Sociedad*. Granada.

- SÁNCHEZ RAMOS, I., (2009) “Sobre el grupo episcopal de Córdoba” *Pyrenae* 40.1, 121-147.
- SÁNCHEZ VELASCO, J., (2006a), *Elementos arquitectónicos de época visigoda en el Museo Arqueológico de Córdoba. Arquitectura y Urbanismo en la Córdoba Visigoda*. (Córdoba, 2006a).
- _____(2006b), "Hipótesis de ubicación de un anfiteatro extramuros en Colonia Patricia Corduba y localización de la sede del Concilio Provincial de la Bética." *Spal* 15, 313-338.
- _____(2011a), “New lines of enquiry in the study of the Late Antiquity of Baetica (II): the archaeological topography of the city of Córdoba” en HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D. (ed.), *New perspectives on Late Antiquity*, Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 206-228.
- _____(2011b), “Corduba” en Acero, J., Remolá, J.A., *La Gestión de los Residuos Urbanos en la Hispania Romana. Homenaje a Xavier Dupré Raventós*. 123-143.
- _____(2011c), “Christianization and religious violence in Baetica: three case-studies of destruction of pagan and mythological sculpture around the Theodosian age” en GARCÍA-GASCO, R., GONZÁLEZ, S., HERNÁNDEZ, D. (eds), *The Theodosian Age (A.D. 379-455). Power, place, belief an learning at the end of the Western Empire*. Oxford, 45-51.
- _____(2017), *The Christianization of Western Baetica. Architecture, Power, and Religion in a Late Antique Landscape*. Amsterdam University Press.
- SÁNCHEZ VELASCO, J. MORENO ROSA, A., GÓMEZ MUÑOZ, G. (2009), “Aproximación al estudio de la ciudad de Cabra y su obispado al final de la Antigüedad” *ANTIQUITAS* 21, 135-180.
- SÁNCHEZ VELASCO, J., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2013) “¿Identidades y élites germánicas en la Arqueología Tardoantigua de la Bética? Estado actual de la investigación y perspectivas de estudio.” en Álvarez Jiménez, D., Sanz Serrano, R., Hernández de la Fuente, D. (eds.) *El espejismo del bárbaro. Ciudadanos y extranjeros al final de la Antigüedad*, Castellón, 305-328.
- SANTOS JENER, S. (1954), *Guía del Museo Arqueológico Provincial de Córdoba*. Guías de los Museos Arqueológicos Provinciales, XXXIII. Madrid.
- _____(1955), *Memoria de las excavaciones del Plan Nacional realizadas en Córdoba (1948-1950)*. Madrid.
- _____(1958), “Las artes en Córdoba durante la dominación de los pueblos germánicos” *BRAC*, 78, (1958), pp. 147-192.
- SANZ SERRANO, R., (2007), “Aristocracias paganas en Hispania Tardía (S. V-VII)”. *Gerión*, 25, Nº Extra 1, 443-480.
- _____(2009), *Historia de los Godos*. Madrid.

- SCHLUNK, H., HAUSCHILD, TH., (1978), *Hispania Antiqua. Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit*. Mainz am Rhein.
- SIMONET, F.J., (2005) *Historia de los mozárabes de España*. Valladolid.
- UBRIC RABANEDA, P. (2004), *La Iglesia en la Hispania del siglo V*. Granada.
- VALLEJO GIRVÉS, M. (2012), *Hispania y Bizancio: Una relación desconocida*. Madrid.
- VICENT ZARAGOZA, A.M., (1987), “Noticia sobre el museo de la Mezquita”. *Corduba Archaeologica* 12, 1982-1983, 65-75.

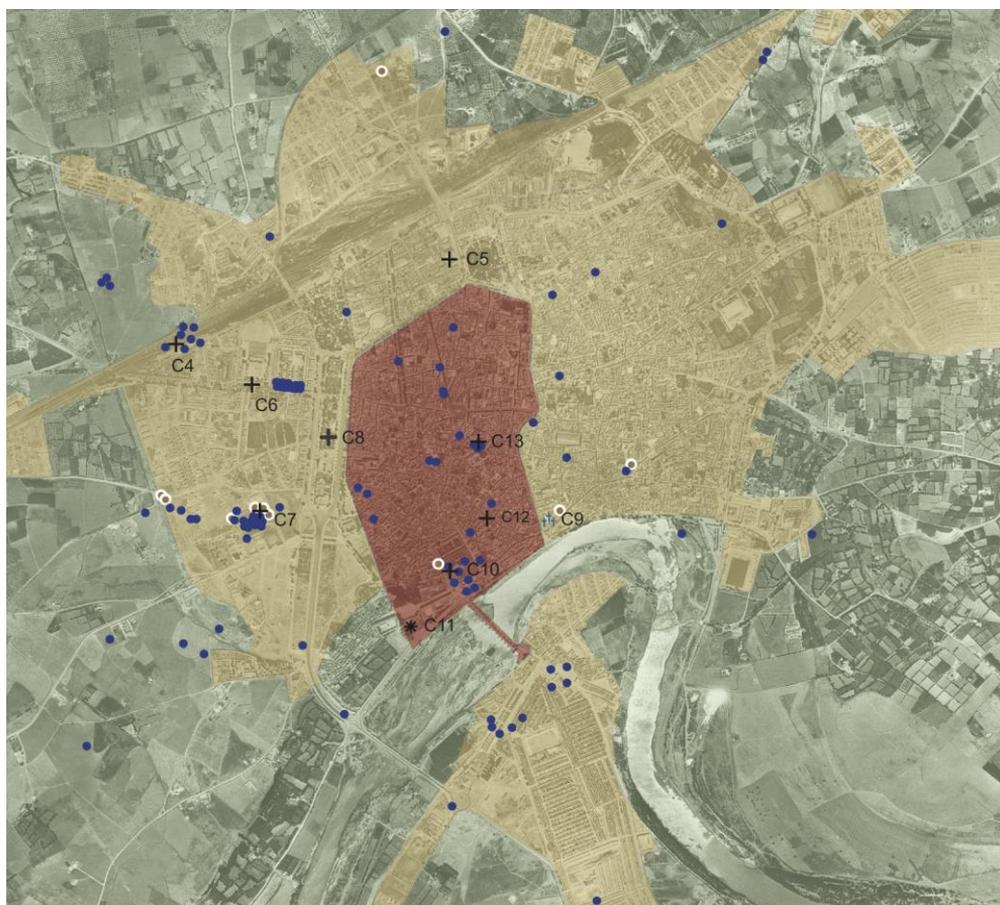


Fig. 1. Fotografía aérea tratada con indicación de los Complejos Edilicios de época tardoantigua y de las áreas de dispersión de las piezas de decoración escultórica y litúrgica (señaladas con un punto) depositadas en el Museo Arqueológico de Córdoba.



Fig. 2. Excavación de la calle Duque de Hornachuelos. Córdoba.



Fig. 3. Fotografía frontal de los restos del posible mausoleo cruciforme situado bajo la actual Sala de Oración de la primera fase de la Mezquita de Córdoba (Fot. Guadalupe Gómez).

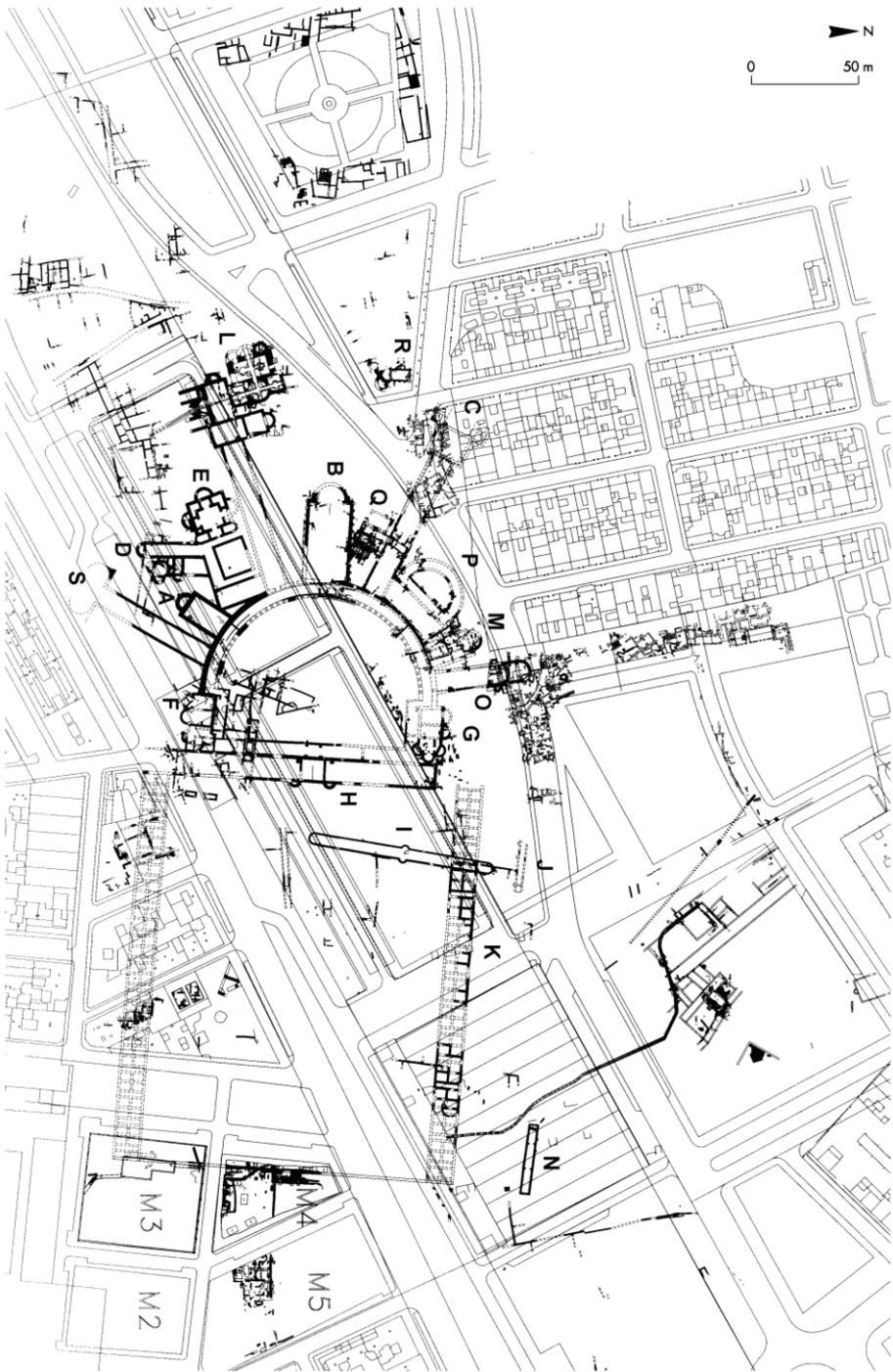


Fig. 4. Planta del Complejo Edificio de Cercadilla.



Fig. 5. Cimacio de iconografía bizantina hallado cerca de la Avenida de Cádiz, Córdoba.

"La Turdetania que atraviesa el río Betis se extiende hacia el interior del litoral de este lado del Anas. El río Anas la delimita hacia el oeste y el norte [...] El tamaño de este territorio en longitud y anchura no es mayor de dos mil estadios, pero las ciudades son muy numerosas [...] Las que han alcanzado mayor auge tanto en fama como en poder son Corduba (fundación de Marcelo) y la ciudad de los gaditanos, ésta por sus navegaciones [...] la otra por la cualidad y extensión de su territorio; la habitaron desde el principio individuos elegidos de los romanos y de los indígenas [...] Corduba fue la primera colonia que los romanos enviaron hacia estas regiones..."

Fuente: *Estrabón, III, 2, 1*; trad. Javier Gómez Espelosín.

